PLAN PASTORAL

BAUTIZADOS Y ENVIADOS

CURSO 2019-2020

Diócesis de Asidonia - Jerez

Jerez

PLAN PASTORAL

BAUTIZADOS Y ENVIADOS

Curso 2019 / 2020

Diócesis de Asidonia – Jerez

Jerez 2019-2020

BAUTIZADOS Y ENVIADOS

El tema del Plan pastoral de este año 2019-20 está en relación con dos aspectos de la Iglesia que tendrán especial relevancia en este curso: la dimensión misionera de la Iglesia y el papel de los laicos en ella. Para empezar, este octubre, mes de las misiones, ha sido declarado por el papa Francisco "mes misionero extraordinario" al cumplirse el centenario de la carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV "sobre la propagación de la fe católica en el mundo entero" (1919). Por otra parte, en mitad de este curso, en el mes de febrero tendrá lugar el Congreso de Laicos, "Pueblo de Dios en salida", organizado y promovido por la Conferencia Episcopal Española.

Ambos temas tienen como raíz la identidad bautismal de la que tanto nos habla el Concilio Vaticano II. Todos los cristianos, por la vocación bautismal no sólo estamos llamados a seguir a Cristo, a convertirnos a su Evangelio, a vivir su vida y creer en su Palabra sino también a participar de su misión, a ser enviados en su nombre para dar a conocer a todos el mensaje de la salvación. Esto quiere decir que el cristiano es no sólo un convertido, sino un enviado, no sólo un discípulo que quiere vivir en comunión con Cristo, sino también un testigo que debe, a través de su palabra y de su vida, iluminar la vida de los otros con la luz del Evangelio.

En el fondo, esta es la razón de ser de la Iglesia, llegar a convertirse en Cristo extendido y comunicado, prolongando en todos los lugares y en todos los tiempos la obra salvadora de Cristo que Él llevo a cabo en su vida. Por eso la misión de la Iglesia no puede circunscribirse a una cultura concreta, sino que está llamada a extenderse a todos los pueblos y a todas las épocas. De este modo, bien puede afirmarse que la Iglesia es misionera por naturaleza, y si dejara de serlo habría desvirtuado la intención de Jesús al constituirla como "sacramento universal de salvación" (cf. LG 9). Esta misión universal, no lo es por decisión de la propia Iglesia, sino porque ese es el proyecto de Dios para los hombres.

La enseñanza del Concilio Vaticano II nos impulsa a profundizar en el mismo misterio de Dios, esto es, en el misterio trinitario para comprender la raíz más honda del ser y de la misión de la Iglesia. Sólo desde la experiencia de la presencia del misterio trinitario en nuestra vida y bebiendo de esa fuente, podremos descubrir más claramente la importancia de nuestra misión. La Santísima Trinidad, comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no es sólo una verdad abstracta en la que estamos llamados a creer, sino sobre todo un misterio en el que estamos llamados a participar, a vivirlo también en nuestras tareas y luchas más concretas. No olvidemos que el día en que comenzamos a ser cristianos, fuimos bautizados "en el nombre del Padre y del Hijo del Espíritu Santo". Ese día recibimos un nombre que, como sucede siempre en la Sagrada Escritura no sólo se refiere a nuestra identidad única para Dios, sino también a la misión, también única que Él nos encomienda y para la cual fuimos creados.

Primera parte

EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO

Justo después de acabar el Concilio Vaticano II, en 1967, Joseph Ratzinger que intervino en sus trabajos y que, con el tiempo, sería elegido papa Benedicto XVI, al hablar de la misión de la Iglesia afirmaba que "el texto central del Concilio por esencia, tarea y método de la misión, que apoya todos los demás textos del Concilio sobre la misión y que contiene sus puntos de partida, se encuentra en la constitución sobre la Iglesia, en los números 13-17". Una mirada a ese texto nos ayuda a entender ante todo la universalidad de la llamada a ser parte de ese Pueblo que es la Iglesia (LG 13):

> Todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos, para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana y que determinó congregar en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf Jn 11,52).

La misión de la Iglesia, por lo tanto, obedece al plan de Dios que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tim 2,4) y su instrumento para este propósito es la Iglesia, que es su Pueblo. Esta es una verdad importante: Dios pudo haber salvado a cada hombre individualmente, directamente por no quiso hacerlo de esa manera sino que constituyó un Pueblo de salvación, signo visible de su voluntad de hacer partícipe a todos de su verdad y de su vida. Así aparece en la misma constitución sobre la Iglesia "Quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente" (LG 9).

Esto nos recuerda que nada en la Iglesia, ni siquiera la fe, es un asunto absolutamente individual y privado, sino que se recibe de otros, se comparte con los otros y se comunica a otros. Esta referencia al misterio de la Trinidad, nos recuerda que la misión de la Iglesia nada tiene que ver con el proselitismo o la captación de miembros presente en otras realidades o instituciones humanas. Es la respuesta a la iniciativa de Dios que envió a su Hijo Jesucristo para traer la salvación al mundo a través de su muerte redentora y su resurrección gloriosa y derramó el Espíritu Santo justamente para que, a través de la Iglesia, continuara su sagrada misión. "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 21-22).

Por eso la primera acción que realiza la comunidad congregada por Cristo después de la Pascua en el día de Pentecostés es una acción misionera por boca de san Pedro con el anuncio solemne del primer *kerigma* de Jesucristo muerto y resucitado (cf Lc 2,14ss). Pero aquello no fue el resultado de una mera determinación o acuerdo humano salido del Cenáculo, sino el fruto de la acción divina por la efusión del Espíritu Santo. De este modo la primera Iglesia, tal como se describe en el libro de los Hechos,

tenía plena conciencia de que su misión había de entenderla como continuación de la misión visible del Hijo encarnado y la misión invisible del Espíritu Santo. Una misión que, como ellos mismos habían comprobado en los días que habían transcurrido desde la Pascua a Pentecostés, no eran capaces de llevarla a cabo por sus propias fuerzas. Fue preciso que recibieran la promesa de la presencia permanente de Cristo – "Sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos" (Mt 28,20)–, el día de su Ascensión y el impulso del Espíritu Santo a los cincuenta días.

Los miembros de esta comunidad madre surgida de Pentecostés, que entonces estaba todavía circunscrita a Jerusalén pero cuya misión alcanzará a los confines del mundo, "perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2,42). Este texto, que luego explica cada una de estas cuatro realidades, concluye afirmando "y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando". Bien se podría afirmar que esas "cuatro perseverancias" (enseñanza apostólica, vida comunitaria, participación eucarística y vida de oración) eran como las raíces que garantizaban la eficacia de la misión, sus frutos apostólicos. No se trata sólo de una descripción histórica de lo que en el pasado sucedía en la Iglesia apostólica, sino que nos recuerda cuáles son esas fuentes de las que tiene que alimentarse la fecundidad misionera de la Iglesia. La comunidad eclesial está llamada, por tanto a ahondar en esas raíces para que, no ella, sino Dios a través de ella siga agregando a muchos a la salvación en Cristo.

La Palabra de Dios

Es indudable que uno de los objetivos del Concilio Vaticano II fue el de fomentar el conocimiento de la Palabra de Dios en el corazón de la Iglesia lo que explica que una de los cuatro grandes documentos conciliares o constituciones junto al dedicado a la Iglesia, a la renovación litúrgica, o al diálogo con el mundo, fue la que se refiere a la Palabra de Dios revelada –*Dei Verbum*–. La intención del Concilio era la de impulsar la importancia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y los frutos de aquel impulso han sido abundantes. Años después y como fruto del Sínodo de Obispos sobre la Palabra, el papa Benedicto XVI volvió a insistir en esta iniciativa con la publicación de otro documento llamado *Verbum Domini* –la Palabra del Señor– de carácter pastoral y en el que concreta y especifica iniciativas pastorales que nos pueden ayudar a descubrir cada vez más la Palabra de Dios como centro de la vida eclesial.

- *La Palabra de Dios en la Comunidad* (Celebraciones de la Palabra): las celebraciones de la Palabra permiten la posibilidad de profundizar en las lecturas de la Sagrada Escritura, bien a partir de los textos de la Liturgia, bien de un tema concreto de modo comunitario. No hemos de entender estas celebraciones como alternativas a la Eucaristía, ni tampoco como una mera sustitución de ésta cuando falta sacerdote. Pero bien preparadas en la elección

de las lecturas, las moniciones, la predicación del ministro que la preside y, eventualmente, el eco de esa Palabra en los fieles, suponen una gran riqueza y hace cada día más cercanos y familiares los textos de la Sagrada Escritura.

- *La Palabra en la Catequesis* (Oratorios): la catequesis infantil y juvenil tradicionalmente estaba muy centrada en la enseñanza de la doctrina y la moral católicas. Sin olvidar estos aspectos, hoy se insiste también en la importancia de la iniciación en la Palabra de Dios y en la oración. Por eso, además del conocimiento de la historia de la salvación en los materiales que se usan actualmente, es muy interesante la experiencia que se ha venido implantando en nuestra Diócesis en los últimos años del Oratorio que supone, antes de la catequesis, un momento de oración iluminado con algún texto de la Palabra de Dios. Bien organizada, esta actividad, con momentos de silencio orante, de veneración a las Sagradas Escrituras, de lectura y explicación e incluso de participación de los propios niños, es un modo concreto y eficaz para acercarlos a los textos sagrados.

- *La Palabra de la Oración* (*Lectio divina*) Benedicto XVI, como antes san Juan Pablo II y luego Francisco, invita a la práctica de la *Lectio divina* que, procedente de la espiritualidad monástica, ha servido desde hace siglos en la Iglesia para ahondar en la Palabra de Dios de modo que ésta fecunde la oración. Se comienza con la *lectura*: "¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?" Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos. Sigue después la *meditación* en la que la cuestión es: "¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?" Aquí, cada uno personal, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar. Se llega sucesivamente al momento de la *oración*, que supone la pregunta: "¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?" (petición, intercesión, agradecimiento y alabanza). Concluye con la *contemplación*, durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: "¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?" (cf VD 86).
- *La Palabra en la vida de cada cristiano* (Lectura creyente). El papa Francisco insiste en la importancia del discernimiento por parte de cada cristiano ante cualquier decisión que tenga trascendencia en su propia vida o en la de los demás. "Toma y lee" le dijo la voz celeste a san Agustín señalando a la Sagrada Escritura para que, leyendo la carta a los Romanos, comenzara su conversión a Cristo. Y es que el discernimiento, que busca la verdad, no puede estar basado únicamente en la reflexión racional, ni siquiera en el consejo sabio de otros, sino que ha de estar iluminado por la Palabra de Dios que por su carácter de

texto inspirado, como nos recuerda el mismo Jesús, es lugar privilegiado para que el Espíritu Santo nos conduzca a la verdad plena (cf. Jn 16,13). Esta lectura creyente, personal y sapiencial, evidentemente no puede disentir, ni oponerse ni siquiera ignorar la interpretación magisterial de la Iglesia pero eso no excluye el que pueda ser aplicado personalmente a cada persona y cada circunstancia o acontecimiento. Esta familiaridad con la Palabra permite que como afirma el Salmo sea "lámpara para mis pasos, luz en mi sendero" (Sal 119,105).

- *La Palabra de Dios en la Liturgia* (La Palabra y el Sacramento) El Concilio Vaticano II insistía y especialmente en el texto ya citado de *Dei Verbum*, en que todo en la vida de la Iglesia debía estar impregnado de la Palabra de Dios y conducido por ella. Son preciosas las palabras de Francisco en su exhortación *Evangelii Gaudium*, en el capítulo III, al referirse a la centralidad de la Escritura en la predicación no sólo en la Eucaristía, sino de los demás sacramentos. Dejarse alcanzar y tocar por la Palabra en lo más profundo para luego poder comunicarla, contagiando a los demás de su verdad. Toda la preparación de las celebraciones litúrgicas (moniciones, cantos, signos, peticiones) han de estar engarzadas en la Palabra de Dios que es como la semilla fecunda y eficaz de la que habla el Evangelio. Y esto debe entenderse a todas las acciones litúrgicas, como bautizos o matrimonios, exequias, y también a las celebraciones penitenciales que han permitido recuperar la dimensión bíblica del sacramento de la reconciliación.

- *La Palabra en la Formación* (Estudio Bíblico) Decía san Jerónimo, el primer gran traductor de los textos bíblicos, que "quien desconoce las Escrituras, desconoce a Cristo". Esta frase tan radical nos ayuda a comprender la importancia tan fundamental que tiene la Palabra de Dios que desde la lectura cristiana supone la revelación que Dios hace de sí mismo a los hombres. Por eso el valor de la Escritura es muy superior por ejemplo al de la Teología: ésta es la palabra que el hombre pronuncia sobre Dios, en la Biblia encontramos la palabra que Dios dice a los hombres y que encuentra su plenitud en Jesucristo, la Palabra hecha carne. Y no se refiere solamente a los textos evangélicos en los que se recoge la vida y el mensaje de Cristo, ni siquiera al Nuevo Testamento en el que se habla explícitamente de Él. También el Antiguo Testamento, que apunta misteriosa y proféticamente a Cristo es fundamental que lo conozcamos los cristianos. Por eso es tan deseable que se creen grupos de profundización bíblica en las parroquias y en las distintas realidades eclesiales, además de lo que se ofrecen a nivel diocesano como el Instituto de Ciencias Religiosas. Para dar testimonio de Jesucristo, de los misterios de la salvación junto a la experiencia personal es precisa la formación para mejor conocer a aquel al que queremos presentar.

La vida en común

En la Iglesia, la dimensión comunitaria de la fe, como ya se ha dicho, no es una cuestión meramente humana, sino teológica. Creemos en un Dios que, siendo uno en su esencia, no es un ser solitario sino comunión interpersonal de Padre, Hijo y Espíritu Santo. A su vez, el ser humano, creado a su imagen y semejanza, conserva en lo más íntimo de su naturaleza la huella de la Trinidad, en palabras de san Agustín. Por eso el hombre no es feliz, si se siente sólo o aislado de los otros. Incluso cuando es llamado a momentos o a estados de soledad, nunca ha de entenderse a sí mismo como un ser solitario. Primero, porque estamos inhabitados por el misterio del Dios Uno y Trino, pero además porque participamos, desde nuestro Bautismo, del misterio de la comunión de los santos que trasciende espacios y tiempos y nos mantiene en relación con el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia.

Desde este principio, todo en la Iglesia tiene este carácter comunitario que deben reflejar, tanto la actividad interior de la propia Iglesia, como sus acciones hacia fuera como es la misión. Por eso, no es extraño que en el texto de los Hechos que estamos siguiendo y que se refiere a las raíces que sostienen la vida de la Iglesia y de las que se nutre su misión, después de la "enseñanza de los Apóstoles", que es la Palabra de Dios revelada y predicada, se cite la vida en común, la *koinonía* o comunión. Bien se puede afirmar que, en gran medida, la eficacia de la misión depende de la verdad de la comunión, como el mismo Señor lo expresa en el último discurso que recoge el Evangelio de san Juan antes de su pasión en forma de oración dirigida al Padre: "para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn 17,23)

Así en el comienzo del nuevo milenio, en la carta que lleva ese nombre *Novo Millenio Ineunte* (2001), san Juan Pablo II habla de la necesidad de promover una verdadera espiritualidad de la comunión con palabras llenas de sabiduría que conviene no olvidar:

> Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa, ante todo, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianzas y envidias. No

> nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento (NMI 24).

Propone este texto el cuidar especialmente aquello de la Iglesia que no se ve y que es sin embargo, su realidad más importante: la comunión interior entre los miembros, sin la cual las formas e instituciones externas pueden ser pura fachada. De ahí la importancia de la catolicidad de la Iglesia, en un mundo muy paradójico en él que se promueve la globalización que no respeta las identidades y al mismo tiempo se extiende la fragmentación que aísla y enfrenta los derechos o intereses de cada parte. La comunión no supone ni la homogeneidad ni tampoco la división sino, de modo análogo a lo que se da en Dios, la unidad que respeta la diferencia, la asume y se realiza a través de ellas. Eso se recoge preciosamente en una de las plegarias eucarísticas de la Reconciliación como razón de ser y de actuar de la Iglesia en el mundo "concédenos tu Espíritu para que desaparezca todo obstáculo en el camino de la concordia y la Iglesia resplandezca en medio de los hombres como signo de unidad e instrumento de tu paz".

La Iglesia fue siempre católica, esto es universal, no limitada a ninguna cultura o pueblo, "inclusiva" diríamos hoy, porque igualmente abrazó a judíos y gentiles, esclavos o libres, hombres y mujeres. Estando clara la identidad cristiana, la fe en Cristo Jesús, las diversidades son secundarias pero cuando esta identidad se debilita aparecen las divisiones. Se trata de sentir/asentir con la Iglesia *8entiré cum Ecclesiam*, y esto especialmente cuando más pueda estar en cuestión su credibilidad por defectos o errores humanos a veces muy graves. La lealtad al Papa, la plena obediencia a la doctrina eclesial, la pertenencia efectiva y efectiva al cuerpo eclesial es condición *sine qua non* para la misión, de lo contrario bien podrían preguntarnos como hace san Pablo ante quienes se dividen entre sí como "de Apolo, de Cefas… ¿Es que está dividido Cristo?" (1 Cor 3,22).

Esta espiritualidad de comunión que es como el corazón de la Iglesia, se ha de manifestar visiblemente en lo que podemos denominar "estructuras de comunión" y que hacen concreto y eficaz este principio espiritual. Las hay de distintos tipos y utilidades pero, podríamos citar tres que, en nuestra Diócesis, sería bueno reforzar: a nivel diocesano el Consejo Pastoral Diocesano, a nivel supraparroquial, el Arciprestazgo, a nivel parroquial, el Consejo Parroquial.

- *El Consejo Pastoral Diocesano*: es muy importante porque es el que permite la participación en las pastoral diocesanande todas las realidades diocesanas por representación: arciprestazgos de Jerez, de la Sierra y del Litoral, delegaciones diocesanas, vida religiosa, etc. De modo que la corresponsabilidad de todos en la misión de la Iglesia, no sea solamente una aspiración teórica sino efectiva tal y como se trabaja por ejemplo el Plan pastoral cada año.

- *Los Arciprestazgos*: es el punto intermedio entre las Diócesis y las Parroquias que expresa la comunión y unidad de acción pastoral entre los pastores, sus parroquias y los distintos agentes pastorales. El encontrarse regularmente, el establecer criterios comunes de acción, el compartir experiencias y preocupaciones que son comunes, el apoyarse mutuamente en lo que son necesidades de cada uno (sustituciones) o de aquello que no es asumible para una sola parroquia (cursillos de preparación sacramental) compartiendo lo que se tiene (locales, materiales) no es sólo importante para la eficacia de la gestión pastoral sino que alimenta y expresa la verdadera comunión.
- *El Consejo Parroquial*: La parroquia a lo largo de los siglos ha venido siendo la realidad permanente en la que se expresa la comunidad visible, la Iglesia, de forma más cercana y tangible. Parroquias las hay muy distintas, expresión de la riqueza y diversidad que se da en la Iglesia y en la misma sociedad a la que la Iglesia sirve: grandes y pequeñas en extensión, más o menos populosas, ricas y pobres, rurales y urbanas, de centro y o periféricas, antiguas y nuevas… pero todas tienen en común su razón de ser que no puede ser otra que construir la comunión y llevar a cabo la evangelización. Para ello es imprescindible que se posibilite en ellas la variedad de carismas que dan lugar a realidades eclesiales que la forman. El consejo parroquial permite que estos distintos carismas, lejos de ser vistos como compartimentos estancos, se reconozcan, cada una de ellos y entre sí como instrumentos que aporten lo propio al bien común (espiritual, catequético, social, cultural) en torno al cual, como pastor de todos, el párroco, está llamado a alentar y respetar lo específico e integrarlos en la tarea común.

Estas realidades eclesiales, movimientos y formas de vida comunitaria presentes en nuestras parroquias constituyen uno de los frutos más valiosos del Vaticano II. Como consecuencia sin duda, del impulso dado al laicado dentro de la Iglesia es la aparición de muchas realidades de carácter laical que se han ido añadiendo a las que ya existían desde antiguo. Tenemos hermandades, comunidades, movimientos y otras muchas realidades que no hacen sino mostrar la acción incesante del Espíritu Santo en la Iglesia y expresar que ésta, aún en tiempos de fuerte secularización, sigue estando viva y dando vida. La parroquia, que debe ser verdadera “comunión de comunidades”, es el lugar propio en el que ordinariamente lleven a cabo las tareas eclesiales de acuerdo con el carisma de cada uno. Como se decía en el amplio texto de san Juan Pablo II que antes citábamos, estamos llamados a superar la tentación del egocentrismo, la competitividad o el aislamiento de modo que la parroquia no sea vista como un mero local de reuniones, sino como una verdadera “casa o escuela de comunión” (NMI 42), donde se aprende a respetar, valorar y colaborar en una misión que es común.

La Fracción del Pan

La Eucaristía es definida en el Concilio Vaticano II como "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG 11) lo cual quiere decir que toda la vida del cristiano, vida de gracia, procede de ella y a ella le conduce. Y como, por otra parte, estamos profundizando en un aspecto esencial de la vida cristiana como es la misión, bien puede afirmarse que la Eucaristía está en el comienzo y en la meta de la misión de la Iglesia. Esto no significa que la Eucaristía deba ser entendida como un medio de evangelización porque esa no fue la razón por la que fue instituida por Cristo. De hecho, la participación plena en la celebración eucarística estaba reservada siempre en la Iglesia a quienes habiendo completado todo el itinerario catecumenal, habían recibido las correspondientes catequesis mistagógicas y el Bautismo. La participación en la Eucaristía supone un conocimiento pleno y adhesión a la fe así como un cambio de mentalidad que haya permitido a quien a ella se acerca vivir el misterio de la gracia.

Jesús comunicó su mensaje no sólo con palabras sino también con signos y de entre ellos ninguno es comparable al de la Eucaristía que el mismo Señor instituyó la noche de su Pasión al acabar su vida pública. De esta forma bien podemos afirmar que todo lo que Cristo quiso mostrarnos a lo largo de su misión, está como recapitulado en ella. "Este es el sacramento – o misterio – de nuestra fe", decimos en la celebración de la Misa. Este es el signo último que culmina toda la vida de Cristo a la vez que anticipa y adelanta simbólicamente su Misterio Pascual. Con razón hemos de considerar a la Eucaristía el centro del Evangelio y la Iglesia lo sitúa, no al principio, sino al final del itinerario de la iniciación cristiana, como culminación de ésta y como punto de partida y fuente de la misión. Algunos textos del Antiguo y Nuevo Testamento pueden servirnos de ayuda para profundizar en esta dimensión misionera de la Eucaristía:

- *"Levántate y come que el camino es superior a tus fuerzas"* (1Re 19,3). Esta palabra se la dirigió el ángel del Señor al profeta Elías que, cansado y desengañado, se echó al lado del camino porque se veía incapaz de cumplir la misión que el Señor le había encomendado ante el rechazo de las gentes a escuchar el mensaje de la salvación. La vida cristiana es una carrera de fondo, como recuerda san Pablo (cf 1Cor 24ss) en la que la buena voluntad y las fuerzas humanas son insuficientes para recorrerla y más aún si consideramos la mies tan inmensa que Dios pone en manos de su Iglesia (cf Lc 10,1-12).
  Por esta razón se ha venido llamando a la Eucaristía el *pan viatorum*, "pan de los peregrinos" porque como sucedió en el desierto, el pueblo de Israel no hubiese podido recorrer el camino hasta la Tierra Prometida sin el alimento del maná. "La Eucaristía hace a la Iglesia" nos recordaba san Juan Pablo II (EdeE 1) y sin ella la vida cristiana desfallece y la misión se vuelve estéril. Por eso el Señor después de la Resurrección come con sus discípulos antes de enviarlos y es en el Cenáculo en el mismo lugar en el que instituyó la Eucaristía donde descenderá el Espíritu Santo y comenzará la misión de la Iglesia.

Por desgracia se da hoy un abandono de muchos cristianos del sacramento de la Eucaristía y especialmente es doloroso en el caso de los niños que recibida la Primera Comunión no vuelven a ella como también sucede con los jóvenes. Por eso, una tarea pastoral primordial es la de recuperar la importancia del sacramento y tal vez ayudar a redescubrirlo y hacer un esfuerzo para que, sin desvirtuar su misterio, nuestras celebraciones sean vivas. Para ello es importante una buena preparación con la participación de equipos de liturgia que con creatividad y unción saquen a la luz toda la riqueza de la celebración y a mostrar los distintos momentos del Año Litúrgico, evitando así caer en la rutina o en la indiferencia.

- *"Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y como lo reconocieron al partir el pan"* (Lc 24, 35) En la Eucaristía son muchos los elementos importantes que están presentes pero, sin duda, el más fundamental es la presencia de Cristo quien, como se dice en la Liturgia, "nos explica las Escrituras y parte para nosotros el pan". Como en el pasaje de los discípulos de Emaús, que sin duda alguna tiene una estructura eucarística, en la celebración debe hacerse presente a Cristo, a través de su palabra y del signo que Él mismo nos dejó.
  Uno de los elementos en los que insiste la renovación litúrgica es en el equilibro que debe darse entre las dos mesas en las que somos alimentados: la de la Palabra y la de la Eucaristía. En cuanto a las lecturas, es importante la elección adecuada de los lectores y una buena preparación de su proclamación, una predicación que esté centrada en Cristo y su Misterio Pascual que se está celebrando; que tenga fuerza kerigmática y unción para que "haga arder los corazones" (EG 142) y no sea meramente instructiva; que tenga en cuenta quien es el pueblo al que se dirige y así pueda ser bien comprendida por todos.
  En cuanto a la Liturgia eucarística es importante el cuidar la dignidad de los signos, el ambiente de sacralidad, evitando las prisas, valiéndose de la variedad y creatividad que permite el Misal, evitando las inercias. Los cantos que sean adecuados, el uso del incienso cuando corresponda, la ambientación cuidada, la preparación sin improvisaciones, los momentos de silencio son ayudas imprescindibles para ayudar a reconocer a Cristo, verdaderamente presente en "al partir el pan".

- *"Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Cena de Pascua"* (Mt 26,19). Jesús desde el mismo momento en que lo instituyó, quiso claramente que este signo que dejaba a la Iglesia no era uno más sino la actualización permanente de su muerte y resurrección. Por eso escogió la más grande fiesta judía en la que ya estaba prefigurada la Eucaristía y por lo mismo, insistió hasta el detalle en su preparación y así los hicieron sus discípulos.

> La Eucaristía es sin duda el mayor tesoro de la Iglesia, y a la que se refiere Santo Tomás de Aquino como "el banquete sagrado en el que Cristo es nuestra comida, se realiza el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da en prenda la gloria futura". Es por tanto presencia de Cristo, actualización de su pascua, comunión plena con Él y prenda de inmortalidad y por eso no puede ser celebrada de cualquier manera si no queremos que se desvirtúe y se desfigure la verdad de su misterio. La Iglesia siempre ha sido celosa en la custodia de este tesoro confiado por su Esposo y así ha cuidado que la forma, el lugar y las condiciones de la celebración de la Eucaristía fueran acordes a la intención del Señor. Pero si esto es importante en relación al aspecto externo, mucho más lo es en relación o lo interior y de hecho llaman la atención aquellas palabras de Jesús en el Lavatorio de los pies:"No todo estáis limpios" (Jn 3,10) en relación a Judas y la alusión a su acción sacrílega de mojar el pan en el mismo plato del Señor. San Juan Crisóstomo lo afirma con fuerza "También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor"

El camino de la Iglesia, desde el principio ha sido el que parte de la conversión que hace posible la comunión, de la cual brota a su vez la misión. Por eso, el sacramento de la Reconciliación que sella la verdadera conversión, el de la Eucaristía, expresión plena de la comunión y el del Bautismo, fruto último de la misión están íntimamente conectados. Así, la Eucaristía lleva también a apreciar cada vez más el sacramento de la Reconciliación. Debido a la relación entre dos estos sacramentos, una auténtica catequesis sobre el sentido de la Eucaristía no puede separarse de la propuesta de un camino penitencial (cf. 1 Co 11,27-29).

Como se constata en la actualidad, los fieles se hallan inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la comunión sacramental. En realidad, perder la conciencia de pecado comporta también una cierta superficialidad en la forma de comprender el amor mismo de Dios. Esta relación entre la Eucaristía y la Reconciliación nos recuerda que el pecado nunca es algo exclusivamente individual; siempre comporta también una herida para la comunión eclesial, en la que somos insertados por el Bautismo.

Precisamente porque el Bautismo es el punto de partida de la identidad cristiana y de la misión es importante que pastoralmente ocupe una parte importante de nuestra tarea pastoral. Aún cuando nos hallamos en una sociedad que podemos llamar poscristiana aún hoy gracias a Dios hay una inmensa mayoría de familias que sigue pidiendo para sus hijos el sacramento del Bautismo. Es importante que, aunque en

muchos casos, la motivación no siempre venga dada por la fe, aprovechemos este momento para sacar a la luz la riqueza de este sacramento:

- En la preparación previa, a través de las *catequesis prebautismales* que, de alguna manera sirvan para presentar el anuncio o kerigma de la salvación. Asimismo, la riqueza de los signos sacramentales, como la acogida, la elección del nombre, la signación, las unciones, las renuncias y la profesión de la fe, el mismo baño con la fórmula bautismal, la vestidura blanca o la entrega de la luz pascual ofrecen la ocasión de una hermosa catequesis mistagógica que, apoyada en los signos sacramentales, pueda presentar el misterio de Cristo y de la Iglesia a quienes quizá nadie se los ha presentado.

  El encuentro con las familias que piden el Bautismo para su hijo permite también el ayudarles a descubrir la grandeza del matrimonio y en la caso de que éste no se haya dado, de invitarlos a contraerlo si es que se dan las condiciones de hacerlo. Al mismo tiempo puede ser momento propicio para hacerles ver la importancia de su tarea como padres y la misión sagrada que Dios ha puesto en sus manos y en la que la Iglesia está dispuesta a ayudarles especialmente en la catequesis de sus hijos de cara a la Primera Común e invitándolos a participar en la vida de la Parroquia especialmente en la celebración de la Eucaristía dominical. No olvidemos que en muchos casos, el alejamiento de la Iglesia no lo es por rechazo sino por desconocimiento.
- En la misma *celebración*, superando en lo posible, como se nos invita en el Ritual, el que se vea reducida a un mero acto social. Para ello es importante el cuidado en la celebración: el uso de la capa pluvial para dignifica la celebración, la importancia dada a las lecturas bíblicas y la predicación, la realización de los ritos bautismales de modo que sean significativos, explicando el sentido de cada uno y especialmente en el momento central en la pila bautismal que debería ser un lugar relevante y en un sitio significativo del templo si es que no existe baptisterio en él.
- Posteriormente al Bautismo es importante que se ofreciese en cada parroquia un *catecumenado* que posibilitase el crecimiento en la fe. Dado que la mayoría de los bautizados han recibido el Bautismo sin haber sido iniciados en la fe, éste debería garantizarse y ofrecerse a quienes se acercan a la Iglesia con motivo del Bautismo de sus hijos, pero también a quienes desean profundizar en su fe, bien porque han estado alejados de la Iglesia y quieren acercarse de nuevo a ella, bien porque aunque ya participen en la Eucaristía dominical sienten la llamada a conocer y crecer en la fe.

La oración

Tratando de las raíces o de las fuentes de las que ha de brotar la misión de la Iglesia, no podemos dejar de referirnos a un misterio del cual no siempre somos plenamente

conscientes que es el de la inhabitación. El día de nuestro Bautismo, junto al signo del baño bautismal, después de pronunciar el nombre que nos identifica, el ministro, en nombre de la Cristo, el ministro formula la invocación de la Santísima Trinidad, "N, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Con estas palabras se declara que el bautizado es inmerso en el misterio de la Santísima Trinidad y por lo mismo que la misma vida divina fluye en nosotros. Con toda razón al recién bautizado se le denomina *neófito* –esto es recién nacido– porque la vida natural que recibimos con el nacimiento ahora es enriquecida, o mejor es elevada a la vida sobrenatural, divina que es participación en el mismo Dios que nos habita.

A esto lo llamamos vida de la gracia porque es un don gratuito que Dios nos hace y que es camino y anticipo de la plena posesión divina, cuando seamos del todo de Dios, es decir en la gloria futura. Santo Tomás lo explica de la siguiente manera: "Las Personas divinas son poseídas por nosotros para gozarlas de modo perfecto, lo cual se da en el estado de la Gloria del cielo; o para gozarlas de modo imperfecto, lo cual se da en esta vida por la gracia santificante". A esta vida de la gracia se nace por el Bautismo, crece en la Confirmación, se alimenta con la Eucaristía y se purifica y sana con la Reconciliación, se entrega en el Matrimonio y el Orden y se prepara para la gloria con la Unción (Cf CIC 1210). Por eso son tan importantes los sacramentos en la vida de la Iglesia y bien podríamos decir, siguiendo esta comparación, que esta vida de la gracia, también llamada vida interior, respira por la oración.

Desde el momento de la Pascua, desde el envío de los discípulos tras su Ascensión, éstos eran conscientes de que el Señor les había encomendado una misión y sin embargo, pese a su empeño, se veían impotentes para llevarla a cabo, "estaban con las puertas cerradas por miedo a los judíos" (Jn 20,19). Reunidos en su nombre (cf Mt 18,20) y en oración (cf Hch 1,14), tal como lo había prometido, Jesús se hace presente y exhala sobre ellos el Espíritu Santo (cf Jn 20,22). Ahí comienza la misión de la Iglesia, desde entonces y en cada momento, es la vida de la gracia la que alienta y alimenta toda acción de la Iglesia, que, sin ella por bienintencionada que sea, se revela estéril y, a veces, incluso contraproducente (cf Mt 10,41).

Hace más de un siglo, en 1916 salió a la luz un libro que marcó la vida de varias generaciones de cristianos, "El alma de todo apostolado". Su autor era un monje trapense francés y su tesis central es que en la Iglesia todo fluye de adentro hacia afuera porque en el fondo todo depende de la gracia. Todo esto se expresa muy gráficamente en un episodio del Antiguo Testamento, la batalla de Israel contra los amalecitas, "Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencían los amalecitas" (Ex 17,11-12). Son muchas las formas en que la oración puede sostener la misión pastoral de la Iglesia:

- *Adoración eucarística*: Adorar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento es la respuesta de fe y de amor hacia Aquel que siendo Dios se hizo hombre, hacia nuestro Salvador que nos ha amado hasta dar su vida por nosotros y que sigue

amándonos con amor eterno. Es el reconocimiento de la misericordia y majestad del Señor, quien en el Santísimo Sacramento se quedó con nosotros hasta el fin de mundo. Así, la Iglesia confiesa su presencia real y verdadera, dando testimonio del tesoro más grande que tiene, el Pan vivo bajado del cielo, el don que hace el Padre del Hijo, el don de Cristo de sí mismo, el don que viene por el Espíritu. La visita al Señor en el Sagrario, la exposición regular en las parroquias e incluso las adoraciones permanentes son una fuente inagotable de gracia que luego se percibe por los frutos apostólicos en forma de conversiones, vocaciones, compromisos eclesiales etc.

- *Oración comunitaria*: la primera descripción que se hace de la comunidad apostólica en el libro de los Hechos de los Apóstoles nos la muestra así: "todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres y de María, la madre de Jesús y de sus hermanos" (Hch 1,14).

  Especialmente valiosa es la oración de la Iglesia, llamada Liturgia de las Horas que expresa y realiza la unidad en la misma plegaria de toda la Iglesia y que, antes propia y exclusiva de los consagrados, cada vez está más presente entre los laicos, en las familias, las parroquias y las comunidades laicales.

- *Oración personal*: la espiritualidad cristiana posee una gran riqueza de caminos para profundizar en el encuentro con Dios como la oración vocal y mental. En el Evangelio hay una invitación a la perseverancia en la oración personal en la intimidad con el Señor, "tú cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y habla a tu Padre que está en lo secreto te recompensará" (Mt 6,6).

  Bien sea apoyada en la Palabra de Dios (ya nos hemos referido a la *lectio divina*), bien en actos de piedad tradicionales (Rosario, Viacrucis), de lectura espiritual, de oración mental, todos son medios valiosos para entrar en un conocimiento cada vez mayor del Dios al que estamos llamados a dar a conocer y cauce de abundantes gracias –"te recompensará"–.

- *La religiosidad popular* puede también ser un medio, no sólo de expresión pública de la fe, sino de acceso a la vida espiritual. Algunos consideran, un modo insuficiente de vivir la entrega a Dios, la escucha y la obediencia, que son las características de la fe. Sin embargo, por su implantación popular y en una situación de secularización como la actual, constituyen para muchos una oportunidad única de acercarse al Señor. Las hermandades y cofradías, congregan a muchos y especialmente a jóvenes y nuestras celebraciones de fiestas litúrgicas patronales y romerías sostienen, de modo tradicional, una fe sencilla pero que no debe ser despreciada sino acompañada y alimentada. También las peregrinaciones a lugares sagrados, bien preparadas, pueden ser una posibilidad de iniciación o de crecimiento en la vida espiritual.

Cuestiones para la reflexión

¿Cómo puede crecer en nuestras vidas y en las nuestras parroquias, comunidades la escucha de la Palabra, la comunión de vida, la participación eucarística o la vida de oración como fuente de la misión? ¿Qué iniciativas pastorales de las propuestas crees que pueden ser útiles?

Segunda parte

EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO, MUERTO Y RESUCITADO

El sacramento del Bautismo, supone la participación del cristiano en el misterio pascual de Cristo, que a través del signo del baño se expresa ritualmente en la celebración a través del doble movimiento de inmersión en el agua (muerte al pecado) y la salida de ésta (resurrección a la vida de la gracia). Por la acción del Espíritu Santo somos así liberados del pecado original (y de los pecados personales en el caso del Bautismo de adultos) y recibimos la gracia de adopción por la cual, al ser incorporados a Cristo, nos convertimos en hijos en el Hijo. Por esa razón, la celebración del Bautismo se cierra con la plegaria propia de los hijos de Dios que es el Padrenuestro. De esta manera por el Bautismo, el Espíritu Santo, a la vez que nos hace partícipes del misterio pascual de Cristo, nos incorpora como miembros de su Cuerpo, la Iglesia y nos convierte así en hijos de Dios, de modo que podemos clamar "Abba Padre" (cf Gal 4,6).

La vocación de cada cristiano es la de continuar la misión de Cristo al que hemos sido incorporados por el unción del Espíritu Santo (de ahí el nombre de cristianos). De este modo, la Iglesia participa de la condición mesiánica de Cristo, que es tanto como decir que prolonga en la historia y extiende a todos los pueblos la salvación que Cristo ha llevado a cabo de una vez y para siempre.

Esta unción que constituye uno de los signos más relevantes del Bautismo, expresa que cada cristiano (ungido) ha quedado unido inseparablemente a Cristo en quien se cumplen las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías y así se revela como Profeta, Sacerdote y Rey. Por eso y desde la primera experiencia eclesial recogida en la revelación evangélica, bien se puede afirmar que el cristiano es alguien que se ha encontrado con Cristo en su vida, ha decidido seguirle formando parte de su Iglesia y está llamado en ella a anunciarlo a quien no lo conoce.

La fe cristiana no se reduce, pues, a un conjunto de verdades que hemos de creer o de normas que hemos de cumplir, sino un encuentro personal con Jesucristo que transforma radicalmente la existencia y abre a un horizonte nuevo a quien lo descubre (cf DCE 2). Por eso se llamaba al Bautismo en la Iglesia antigua *fotismos*, esto es iluminación, porque en él se recibe "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn

1,9) que es Cristo, de modo que el propio bautizado, antes en tinieblas, ahora es un hijo de la luz, llamado a ser por ello luz del mundo. Descubrir a Cristo, seguir a Cristo, dar a Cristo que son los tres momentos en la vida del cristiano a través de kerigma, la catequesis y la madurez en la fe.

Por eso, no sólo la Iglesia, por ser el Cuerpo de Cristo, está llamada a hacerlo presente en el mundo a ser su prolongación en la historia, sino que cada cristiano, como se indica en su nombre, ha sido ungido para ser otro Cristo. Son ungidos como lo eran en el Antiguo Testamento los profetas, sacerdotes y reyes que anticipaban y prefiguraban al Mesías esperado. Por eso los título de Profeta, Sacerdote y Rey no sólo nos hablan de quién es Cristo o de cuál es su misión, sino también de la de cada cristiano, "que por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la acción sacerdotal, profética y regia de Cristo, ejercen la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (LG 31).

La misión profética: el testimonio de fe

Cristo es Profeta y "más que profeta" porque a diferencia de aquellos que en el Antiguo Testamento, proclamaban la palabra de Dios a través de las revelaciones u oráculos, Él mismo es la Palabra. Aquellos anunciaban la salvación, desvelaban el misterio de Dios y su voluntad a su pueblo y lo disponían a escucharla y obedecerla, llamando a la conversión. Cristo, en cambio, realiza en su vida lo que los profetas anunciaban llevando a cabo el plan de salvación preparado desde antiguo.

Para que esa acción salvadora, realizada por Él en la plenitud de los tiempos, alcance a todos los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, instituyó la Iglesia como realidad histórica. Toda la historia de la salvación es la prueba de que Dios es paciente y misericordioso y quiere que todos los hombres se salven y conzocan la verdad. Por eso, así como decimos que Juan el Bautista fue el último y más grande profeta del Antiguo Testamento porque señala ya al mismo Cristo, al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, se puede decir que es el primero de los profetas del Nuevo Testamento surgidos del Bautismo (cf Mt 11,11).

Por eso, la función profética de la Iglesia y la de cada bautizado, no se realiza escudriñando o anticipando acontecimientos del futuro como en el Antiguo Testamento, sino anunciando la salvación que ya está actuando en la historia, al Salvador que está presente en medio de los hombres. La misión de la Iglesia es, pues, anunciar a Cristo muerto y resucitado, que ha salvado a los hombres y vive para siempre. Esta fue la primera acción de la comunidad cristiana, que inauguró su misión por boca de san Pedro después de Pentecostés:

> Judíos y vecinos todos de Jerusalén, bien y escuchad atentamente mis palabras […] israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por enteraos medio de él,

como vosotros mismo sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, vosotros lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombre inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio […] A este Jesús, Dios lo resucitó de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues a la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Por tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías

Testimonio de palabra

El profeta es quien anuncia con sus labios el mensaje que Dios quiere comunicar a su pueblo, bien sea para darle a conocer su voluntad, para consolarlo en sus tribulaciones o para llamarlo a la conversión de sus pecados e infidelidades. Pone por tanto su voz al servicio de la palabra divina para que ésta pueda llegar a los oídos de todos y así puedan conocer la salvación. "Ahora bien ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de él sin que nadie anuncie? ¿Cómo anunciarán si nadie les envía?" (Rom 10,14s). Estas palabras de san Pablo nos hablan con total claridad de la necesidad de anunciar explícitamente la salvación. La fe entra por el oído, aunque luego pueda ser confirmada con los ojos; comienza con la palabra aunque luego se verifique por los signos de una vida que se ajuste a esas palabras.

Esto es importante recordarlo y especialmente en nuestros días porque podemos pensar que el mensaje cristiano ya es conocido porque vivimos en una sociedad de tradición católica y no en tierra de misión. El testimonio cristiano, en ese caso, podría entenderse suficiente reducido a una vida honesta y justa que desde luego también es importante. Pero esto sería ignorar la realidad de nuestra situación actual: es verdad que nos hallamos en una sociedad de raíz cristiana y después de tantos siglos de cultura católica formalmente queda un fondo cristiano en ella. Pero no podemos dejar de ver que en los últimos decenios se ha ido produciendo una desaparición progresiva de la fe cristiana y no sólo de los valores, o del papel de la Iglesia, fruto de lo que llamamos la laicización o la secularización sino de la misma figura de Cristo. Por eso, bien podemos hablar hoy de una verdadera descristianización o, como recuerda algún documento reciente de la Iglesia, de una "apostasía silenciosa" (EinE 7).

Hoy es preciso el testimonio personal de fe, con las palabras, desde la propia experiencia de Dios, de la convicción de haber encontrado la salvación y ofrecerla a los demás. El ser cristiano por inercia, por costumbre, por tradición es una especie en vías de extinción en nuestro mundo, donde las señas de identidad cristianas son cada vez más débiles tanto en los modelos culturales como en las referencias éticas. Hoy ser cristiano no es únicamente ser buenas personas, respetuosas de la tradición y de la ley aunque estas puedan ser virtudes encomiables. Significa vivir la vida de la gracia,

dejarse iluminar por la Palabra de Dios y todo aquello que recibimos gratis darlo gratis a quien no lo conoce.

Testimonio público y universal

La primera expresión de fe de la Iglesia, como hemos visto, es de naturaleza pública dado que la Iglesia quiso Cristo que fuese una sacramento, esto es, un signo visible que comunicara el misterio invisible. Lo más contrario a la voluntad de Cristo en relación a la Iglesia es una secta, es decir una sociedad escondida y selectiva. De hecho, la primera tentación de la Iglesia tras la Pascua fue la de permanecer oculta en el Cenáculo y la segunda, la de admitir solamente a los que proviniesen de la raza y la tradición judaicas que eran los más familiares y cercanos. La Iglesia está llamada a ser pública y universal, "signo levantado entre las naciones" como se decía en el Vaticano I, siguiendo así también a su Maestro "puesto como signo de contradicción" (Lc 2,34).

Cuando llega la contradicción y la persecución, el estímulo más inmediato es el de o bien huir, o bien resguardarse de la intemperie pero eso va en contra de la misma razón de ser de la Iglesia. "Nadie que ha encendido una lámpara, la tapa con una vasija o la mete debajo de la cama, sino que la pone en el candelero para que los que entren vean la luz" (Lc 8,16). Hay una parte muy importante de la vida de fe que se juega en lo oculto, esto es cierto, "tú cuando ores entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto" (Mt 6,6). Pero hoy cuando, debido el materialismo reinante, se da una sed que busca cualquier forma de trascendencia, no debemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a la experiencia íntima espiritual.

La expresión de "Iglesia en salida", tantas veces utilizada por el papa Francisco, se refiere justamente a esto. "Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos "discípulos" y "misioneros", sino que somos siempre "discípulos misioneros" (EG 120). Así lo encontramos en el Evangelio, en boca de los primeros discípulos "¡Hemos encontrado al Mesías!" (Jn 1,41) o en la samaritana que apenas salió de su diálogo íntimo con Jesús, se convirtió en misionera y muchos creyeron por su predicación y le decían "Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismo lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo" (Jn 4,41-42).

En la Iglesia hay diversidad de carismas que son distintos caminos a través de los cuales el Espíritu Santo propicia el anuncio de Jesucristo. En nuestra Diócesis además de las parroquias, hay muchas realidades eclesiales cuya diversidad es, sin duda, una gran riqueza. Las hermandades, movimientos, comunidades, asociaciones han de ser fieles a su propia idiosincrasia, con sus métodos e itinerarios de fe pero lo que ha de ser común a todos es la preocupación por llevar a cabo la misión evangelizadora. No se trata hoy sólo de conservar lo que ya tenemos o de instruir la doctrina cristiana o lo particular de cada uno, sino de ganar almas para Cristo, de "llevarlas a Jesús" (Jn 1,42).

Testimonio veraz

Jesús es el camino, la verdad y la vida (cf Jn 14,6) y por eso es llamado en el texto del Apocalipsis, "el Testigo fiel". El nos ha comunicado la verdad de Dios que es la salvación de los hombres y se la ha confiado a la Iglesia a quien comunicó el Espíritu de la verdad. Él será quien "os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho" (Jn 14,26) para así conducirla a la verdad plena (cf Jn 16,13). Esto es importante y más en el tiempo en que nos encontramos dominado por la confusión en las convicciones morales y el relativismo en relación al conocimiento de la verdad. Jesús comunicó siempre la verdad, fuese cuando esta suponía un consuelo y una alegría para quienes le escuchaban, fuese cuando significaba una denuncia o una oposición firme a los planteamientos de sus oyentes. De hecho, en muchas ocasiones, la fidelidad a su misión y a la verdad de la salvación le supuso el rechazo de muchos: "la luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió" (Jn 1,5), rechazo que culminará con la persecución y la muerte en Cruz que Él mismo había ya vaticinado (cf Mt 20,19ss).

Este fidelidad a la verdad que llevó a Cristo a la Cruz, fue también el camino por el que le siguieron los mártires que prefirieron perder la vida antes que renunciar a su misión de comunicar íntegra la verdad del Evangelio. En estos tiempos que son de Nueva Evangelización se nos insiste, por parte de los últimos papas, en hacer un esfuerzo de inculturación que permita entrar en diálogo con la cultura contemporánea. Se nos pide una renovación en el ardor y el entusiasmo en la misión, la búsqueda de nuevos métodos acordes a nuestro tiempo y así valernos de los medios de comunicación hoy disponibles y también el esfuerzo por traducir a un lenguaje hoy comprensible el mensaje que estamos llamados a comunicar.

Pero en la tentación en la que no podemos caer de ninguna manera es en la de filtrar, de mutilar o de desvirtuar el tesoro íntegro que la Iglesia ha recibido de Jesús. En cada época, en cada cultura, en cada coyuntura histórica hay elementos del Evangelio que son aplaudidos y recibidos con simpatía y otros que, porque se oponen a la opinión común de ese momento, suponen un signo de contradicción y suscitan la incomprensión y el rechazo. Hoy en una sociedad que se ha ido alejando de la raíz cristiana no iba a ser menos. Sabemos que dentro de la fe cristiana hay valores morales y principios de verdad que coinciden con el pensamiento hoy predominante y es bueno que podamos coincidir y trabajar por el mismo fin. Otros sin embargo, suponen para la mentalidad hoy predominante, una denuncia tanto en el ámbito de la moral como de la doctrina y es fundamental que, como cristianos, seamos valientes y humildes para proponerlos.

Testimonio de Cristo

Ahora bien, el testimonio cristiano no es una ideología, no estamos llamados a defender una serie de ideas ni para buscar el aplauso del mundo, ni para entrar en confrontación con él. Los cristianos no pensamos que la salvación nos llegue por el

conocimiento y aceptación de una serie de verdades –que el Papa denomina como neognosticismo– ni por el cumplimiento de una serie de normas –al que él se refiere como neopelagianismo– (cf GE cap. II). La predicación o el testimonio de fe no se deben identificar ni con una confrontación de ideas al modo del debate político ni con la imposición a través de leyes civiles de determinadas normas morales. Los cristianos creemos que quien trae la salvación no es una idea ni una norma, no es un personaje mítico o abstracto sino una Persona concreta que nació, vivió, murió y resucitó en la historia y que se llama Jesucristo. Por eso el contenido de la fe testimoniada no puede ser sino Jesús, su misterio, su vida, la salvación que de Él nos llega por su muerte y resurrección. "No quiero saber cosa alguna sino a Cristo y este crucificado" (1Cor 2,2).

Es verdad que la fe cristiana ha generado una cultura, ha inspirado un arte propio, se ha derivado de él una propuesta ética y una visión del mundo, del hombre, de la sociedad. Pero conviene no perder de vista a quien es la piedra angular (cf Ef 2,20), el quicio de nuestra fe, el ancla de nuestra esperanza (cf Heb 6,19), no sea que a la hora de presentar nuestra fe olvidemos al que es más importante. Él es quien da todo el sentido a la celebración de la Navidad por el misterio de su Encarnación haciéndose uno de nosotros, el que recordamos cada año en Semana Santa, presentando para que todos lo puedan ver los misterios de la Redención, al que descubrimos presente, Resucitado y glorioso en la Pascua y especialmente en la Eucaristía.

En este sentido el papa Francisco advierte permanentemente del riesgo de olvidar que la Iglesia, siguiendo el precioso ejemplo de los Santos Padres, es la luna en la que se refleja la Luz del mundo que es Cristo, verdadero Sol que nace de lo alto (cf Lc 1,78). La Iglesia no produce la luz de la Palabra ni de la gracia, sino que todo lo ha recibido de su fuente, de su Esposo que es Cristo y lo comunica a los hombres. No anunciamos a la Iglesia, ni a un movimiento o comunidad o mediación concreta, cuanto menos estamos llamados a anunciarnos a nosotros mismos ni a nuestras ideas que siempre pueden estar equivocadas o ser incompletas.

Así lo descubrimos en unos de los primeros anuncios o *kerigmas* de la Iglesia por boca de san Pedro y que justo después realizará el primer gran signo que acompañará a esa predicación, la curación del paralítico de la Puerta Hermosa: "No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda" (Hch 3,5). Acontecimiento que el propio san Pedro explica después "¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a éste con nuestro propio poder y virtud? […] La fe que viene por medio de él [de Jesús] le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros" (Hch 3,12.16).

Testimonio alegre del Evangelio

Evangelio es una palabra griega que, como todos sabemos, significa Buena Noticia, de modo que evangelizar supone el proclamar y anunciar una noticia que es siempre nueva y motivo de alegría y esperanza para la humanidad. De hecho, así lo

encontramos en el primer anuncio evangélico qua proclamaron a los pastores nada menos que los ángeles del cielo: “No temáis, os anuncio una Buena Noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,10). Los ángeles anuncian una gran alegría al revelar que, bajo una forma humilde y sencilla, llega el Salvador de todos, esperado desde antiguo de lo cual podemos sacar algunas conclusiones pastorales:

La aparición de Jesús, la revelación de su misterio de salvación es el corazón de nuestra fe vivida y comunicada y esto es así ayer, hoy y siempre. San Juan de la Cruz afirma que Dios Padre dijo su Palabra, Cristo, y ya en Él lo dijo todo y nada más tiene que decir a los hombres. Es verdad que la Iglesia reconoce apariciones o revelaciones privadas posteriores que recuerdan lo dicho por Jesús, insisten en algún aspecto y en eso nos pueden ayudar. Pero no pueden ni ocupar, ni sustituir ni en lo que creemos ni en lo que proclamamos la verdadera y única Revelación divina cuya plenitud es Cristo.

La alegría cristiana se basa en la Buena Noticia de la muerte y resurrección de Cristo, que es el corazón del kerigma cristiano: que Cristo murió por nuestros pecados y ha vencido a la muerte con su resurrección, de modo que ambos enemigos del hombre han sido vencidos. Conviene recordarlo para superar algunas presentaciones de la fe o del mismo Cristo demasiado ligadas a emociones o sentimientos humanos pero que pueden olvidar lo más importante.

La fe cristiana es motivo de una confianza ilimitada en la misericordia de Dios y una esperanza cierta de un final gozoso en manos de Dios. Como el papa Francisco recuerda no estamos llamados a ser profetas de calamidades, ni tampoco a presentar al mundo como un antro de perdición. Lo que sí estamos llamados, como es propio de los profetas y como lo hizo el propio Cristo desde el comienzo de su misión es, además de a anunciar la llegada gozosa del reino, a denunciar el mal de este mundo e invitar a la conversión de los corazones a Cristo Jesús.

El sacerdocio común

Por la participación en la condición profética de Cristo, los bautizados, como hemos visto, están llamados a proclamar con sus labios el mensaje de la salvación, continuando la misión de Cristo de proclamar la salvación a todo hombre (cf Mt 28,18-20). Pero además, el Bautismo introduce a los cristianos en el sacerdocio de Cristo por lo que podemos hablar de la Iglesia como de un pueblo sacerdotal (cf Ex 19,6; 1Pe 2,9).

Cristo es sacerdote no al modo meramente ritual como se entendía en el Antiguo Testamento ofreciendo sacrificios en el Tempo o en lugares sagrados de animales o cosas. Su sacrificio es existencial porque, al hacerse hombre, ofrece su propia vida para de este modo convertirse en el Mediador de la salvación para todos y de una vez para siempre. Por eso decimos que Cristo es a la vez Sacerdote, Víctima y Altar y que su

sacrificio es irrepetible porque sólo una vez y para siempre puede darse la vida (cf Heb 10,12).

De este sacerdocio único de Cristo participamos todos los bautizados y por eso puede hablarse del "sacerdocio común de los fieles" que supone el ofrecimiento de la propia vida con Cristo y como Él en favor de la salvación de todos. A esto se refiere san Pedro cuando habla de "sacrificio espiritual" (1 Pe 2,1ss) o san Pablo cuando invita a ofrecer "vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rom 12,1). Esta donación de la propia vida por amor es el culto que Dios quiere y supone el ejercicio de su sacerdocio por parte de todos los bautizados. Es tan importante que el otro sacerdocio, el ministerial, el propio de los sacerdotes ordenados, fue querido e instituido por Cristo como servicio y ayuda al sacerdocio común de los fieles (cf LG 10).

Esto nos hace caer en la cuenta de algo muy importante en la existencia cristiana como es su carácter vocacional. Habitualmente cuando se habla de vocación nos referimos a una llamada que Dios realiza a algunos –hombres y mujeres– para una particular consagración (ministerio sacerdotal, vida religiosa), pero el Vaticano II nos recuerda que por el Bautismo todos hemos sido llamados. Hay una vocación que es primera y universal y que abraza a todos los aspectos de la existencia: hemos sido llamados a la vida, llamados a la fe, llamados a la misión, llamados a la santidad, llamados a la vida eterna.

Esto es particularmente importante recordarlo en nuestros días: la vocación cristiana es un iniciativa propia y exclusiva de Dios por lo que llegamos a ser cristianos por una llamada suya, "Él nos eligió primero, desde un principio" (Ef 1,11ss), desde toda la eternidad para que fuésemos suyos, para que fuésemos santos que significa lo mismo. Una elección gratuita que no es fruto de nuestra decisión, sino de la suya y a la que estamos llamados a responder, en un modo que es semejante a la elección que Jesús hizo de los Doce: "para estar con Él y para enviarlos a predicar" (Mc 3,14).

En otras épocas de cristianismo sociológico podría pensarse que el ser cristiano, era algo propio de una sociedad, casi por una inercia cultural y sociológica. Pero en nuestro tiempo y en nuestra sociedad es cada vez más claro que se trata de una llamada, una vocación sobrenatural que exige, eso sí, desde nuestra libertad, una respuesta: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti" en palabras de san Agustín.

Justamente porque es una llamada absolutamente gratuita de Dios, es imprescindible para que se pueda llevar a cabo por parte del cristiano el concurso de la gracia. "Dios que inició en ti la obra buena, el mismo la lleve a término" son palabras pronunciadas por el Obispo en las ordenaciones sacerdotales que muy bien podemos referirlas al sacerdocio común de los bautizados. Es la gracia de Dios, su ayuda la que está al principio, como hemos visto, para llamar, pero también durante toda la vida para sostener y al final para culminar y alcanzar la meta. "Soy cristiano por la gracia de Dios"

decíamos en el Catecismo y así lo es, y por eso el bautizado está llamado a vivir en gracia de Dios, a vivir de la gracia de Dios.

¿Cómo puede acceder el bautizado a esta gracia que le permite participar de la vida de Cristo? De múltiples formas (cf 1 Pe 4,10), algunas de ellas extraordinarias y hasta prodigiosas pero de modo ordinario es a través de los medios en los que tenemos la certeza de que se recibe al mismo Cristo porque así lo prometió: en los sacramentos. Por eso los cristianos no podemos vivir sin los sacramentos, porque por ellos se comunica la gracia que nos ayuda para llevar a cabo el sacerdocio común, la entrega de la propia vida. No es trata de participar de los sacramentos por obediencia a Dios o por mandato de la Iglesia, sino que es una necesidad vital ya que la gracia se alimenta con la Eucaristía y se restaura del daño del pecado, con el Perdón sacramental.

Ahora bien, este sacerdocio común de los bautizados, cuyo origen está en la llamada de Dios y que se alimenta en los sacramentos, consiste según hemos visto, en la entrega o donación de la propia vida siguiendo así los pasos de Cristo. Una entrega de la vida, que por ser continuación de la de Cristo, sólo puede ser por amor. No se trata, pues, de un sacrificio resignado, forzado o masoquista sino de una entrega libre movida únicamente por el amor a Dios y a los demás. En realidad, en esto consiste la llamada a la santidad propia de todos los cristianos, porque "la santidad es la caridad plenamente vivida" en palabras de Benedicto XVI recogidas por el papa Francisco en su exhortación *Gaudete et Exsultate* sobre la llamada a la santidad que profundizábamos el año pasado (cf GE 21).

Por eso "la santidad es el rostro más bello de la Iglesia" (GE 9), porque en ella se visibiliza el misterio del amor de Dios manifestado en Cristo a través de sus miembros. Sin ella, sin la caridad, la llamada a la santidad propia del sacerdocio de los bautizados es un perfeccionismo vacío o un voluntarismo ciego, "de nada me serviría" (1Cor 13,3) por más que sacrificara la vida. Sería "como un metal que resuena o un címbalo que aturde aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles" (13,1).

En todo ello se da una clara coincidencia entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial de los ordenados dado que ambos proceden del único sacerdocio de Cristo. Porque está movido por el amor, es un sacerdocio para siempre, de toda la vida, de todos los días. No es una temporada de la vida, ni unas horas concretas de la jornada sino que supone una verdadera consagración. "Quien entrega la vida por amor, la entrega para siempre, dice el Señor" así comienza un himno de la Iglesia dedicado a los mártires. De ahí la importancia de la perseverancia que es signo de verdad y certeza de salvación para el cristiano en palabras del mismo Señor "el que persevere hasta el fin se salvará" (Mt 24,13).

Hace unos años el papa Francisco ponía un ejemplo que llama la atención por lo sencillo y gráfico fijándose en un sándwich de jamón y queso. Para que se nos dé este alimento, decía, la vaca ha prestado su colaboración con la leche, el cerdo en cambio

se ha comprometido con su carne, lo que le ha costado la vida. Aquella puede retirarse después de colaborar, éste ya no tiene vuelta atrás en su entrega. En la Iglesia la misión confiada por Cristo es sagrada, no es una afición, ni una moda pasajera y así no se reza por temporadas o se participa en la catequesis porque apetece. Es una llamada de Dios, una entrega de toda la vida a esa vocación que se muestra verdadera porque es perseverante en el tiempo y compromete la existencia.

Por otra parte, hablamos de sacerdocio común de los bautizados no solamente porque sea universal, esto es, de todos los cristianos, sino porque se lleva a cabo en común, esto es, en comunión. En la Iglesia "hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor, y hay diversidad de actuaciones por un mismo Dios que obra todo en todos" (1 Cor 12,4-6). Ya hablamos de esto en el primer trimestre al referirnos al misterio de comunión que tiene su fuente en el misterio de la Santísima Trinidad.

La misión a la que somos llamados los cristianos es única, la que Dios nos ha comunicado en Cristo, esto es la salvación de todos los hombres (cf 1 Tim 2,4) o en palabras del Vaticano II "santificar y salvar a los hombres no individualmente y como aislados entre sí, sino constituyendo un solo pueblo" (LG 9). Fue voluntad de Dios –y lo sigue siendo– que a través de múltiples vocaciones y carismas vividos en la comunión de la Iglesia se lleve a cabo la salvación de modo que "cada uno por su camino" (LG 11) alcance la salvación y ayude a otros a alcanzarla.

Esto supone, por una parte, la fidelidad de cada cual a su propio estado de vida y al lugar concreto al que Dios llama en su Iglesia y por otro, el respeto y valoración de los otros carismas que no porque no sean aquellos a los que soy llamado, no por eso no son importantes. Al contrario, justamente porque no son los míos, me enriquecen y los necesito. "Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿Dónde estaría el oído?; si fuera todo oído ¿Dónde estaría el olfato?" (1 Cor 12,17). Como recuerda el Papa "lo que interesa es que cada creyente discierna el propio camino y saque a la luz lo mejor de sí" (GE 11).

De ahí la importancia del discernimiento tan presente en la enseñanza del papa Francisco y que nos recuerda que cada cristiano ha de ejercitar este músculo espiritual. Cada cristiano ha de aprender a leer su propia conciencia, a interpretar la propia historia, a descubrir la voz de Dios a través de su Palabra. Se trata de discernir lo que Dios quiere, la voluntad de Dios, "¿Qué quieres que haga por ti?" en palabras de san Francisco Javier. Discernimiento vocacional básico en la vida de cada cristiano para descubrir dónde y cómo quiere Dios que le sirva cada bautizado. Pero también discernimiento cotidiano en las decisiones de cada día que no pueden estar sujetas a meras conjeturas de lo que me apetece o al influjo de lo que me rodea en el mundo.

Por otra parte, este discernimiento no puede ser absoluto porque la voluntad de Dios, manifestada en Cristo, ha sido dada a conocer a la Iglesia. Por eso lo que nos garantiza que una llamada es de Dios, que una decisión proviene de su gracia es que esté

confirmada por la Iglesia. No puede ser que a través de un discernimiento personal se pueda llegar a una verdad que contradiga lo que la Iglesia enseña, ni a una acción moral que se contraponga a lo que la Iglesia ha recibido del Señor. Ahí está la garantía de verdad y fidelidad, en el permanecer en comunión con quien representa a Cristo en la Iglesia universal, el Papa y en la Iglesia particular que es el Obispo, de modo que ninguna decisión, por conveniente que parezca, ni en lo personal ni en lo comunitario es verdadera si daña la comunión y la obediencia al que es legítimo Pastor de su pueblo. "Nada sin el Obispo", en palabras de san Ignacio de Antioquía.

"Saque a la luz lo mejor de sí", decía la frase del papa Francisco refiriéndose a Cristo y eso es lo importante del ejercicio del sacerdocio común en cada bautizado. "Aprovechar las ocasiones que se presentan cada día para realizar las acciones ordinarias de manera extraordinaria" en palabras de Van Thuân recogidas por el papa Francisco (GE 17). Se trata de que, cada uno según su vocación, exprese con su vida la fe que lo sostiene de modo que, lejos de darse el divorcio entre fe y vida que tanto daño hace a la Iglesia, por las obras se muestre la fe (cf San 2,18).

La construcción del Reino de Dios

Si hay una categoría que atraviesa todo el mensaje y la misma vida de Jesús, esta es sin duda el reino de Dios. De hecho a él se refiere en la primera palabra que, sobre Jesús, recoge el Evangelio por boca del ángel: "su reino no tendrá fin" (Lc 1,33); así comenzó su predicación: "Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15); así lo reconoció el mismo Jesús, justo antes de su Pasión ante la pregunta de Pilato "Entonces, ¿Tú eres Rey?" y así lo certificó éste último en la inscripción sobre la Cruz: "Este es Jesús, el Rey de los judíos" (Jn 18,37). Tanto las parábolas que salían de su labios como los milagros que realizaba con sus manos no hacían sino preparar, anunciar y inaugurar los misterios del reino.

Como todo lo que hizo Jesús, terminada su misión, Él confió a la Iglesia su tarea, en este caso la construcción del reino de Dios en este mundo (cf RM 20). "Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mc 6,33). Al servicio del reino, por tanto, como Él lo había estado, puso el Señor a su Iglesia tal como lo expone san Juan Pablo II en la exhortación *Christifideles laici* sobre la vocación y la misión de los laicos en el mundo (1992).

"Es cierto que la Iglesia tiene como fin supremo el reino de Dios, del que 'constituye en la tierra el germen e inicio' (LG 5). El reino es fuente de plena liberación y de salvación total para los hombres: con estos, pues, la Iglesia camina y vive, real y enteramente solidaria con su historia. En ella los fieles laicos participan en la misión de servir a las personas y a la sociedad" (ChL 36). De hecho, este es el elemento característico de la vocación del laico, la de llevar a cabo su misión dentro del mundo, inserto en la entrañas de la sociedad y no buscando el refugio seguro en el interior de la Iglesia. El

propio documento apunta a campos concretos en los que el laico puede orientar su servicio al reino de Dios:

- *Promoción de la dignidad de la persona*: una de las características de nuestro tiempo es, sin duda alguna, la profunda crisis antropológica en la que nos encontramos. Desde la clásica afirmación de san Agustín, "conocerte a ti, Señor y conocerme a mí", se entiende que, cuando el hombre pierde de vista el verdadero rostro de Dios, esto tiene como consecuencia el oscurecimiento de la verdad del hombre. Así bien puede decirse que "dime en que Dios crees y te diré que hombre eres" dado que sólo a la luz del misterio del Dios hecho hombre se esclarece el misterio del mismo hombre (cf GS 22). Desde la perspectiva cristiana el hombre tiene una altísima dignidad, cada ser humano tiene un valor infinito que reside en el hecho de que ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza y ha sido redimido al precio de la sangre de Cristo, en quien el mismo Dios se ha encarnado. El hombre, ser personal, como lo es Dios, capaz por ello de conocer y de elegir es la más excelsa de las criaturas de Dios llamada a participar de la misma vida de Dios, en la vida eterna.

  "Habiendo recibido el encargo de manifestar al mundo el misterio de Dios, que resplandece en Cristo Jesús, al mismo tiempo, la Iglesia revela el hombre al hombre, le hace conocer el sentido de su existencia, le abre a la entera verdad sobre él y sobre el mundo" (ChL 36). Por eso, la Iglesia es maestra de humanidad y, habiendo sido instituida por Cristo, formada por hombres y para los hombres, su obligación es recordar a la propia humanidad cuál es su verdad y su dignidad, su lugar en el mundo y su destino trascendente.

- *Veneración del inviolable derecho a la vida*: en relación directa con lo anterior, la vida es, sin duda, el mayor don que Dios ha otorgado al hombre y del cual dependen todos los demás dones. El respeto del derecho a la vida es el quicio sobre el que se asientan todos los demás derechos humanos, sean individuales o colectivos, de modo que la vida de ningún ser humano puede ser, en ningún caso, medio para conseguir otro fin por excelente que éste sea.

  Hoy, desde visiones antropológicas basadas en el relativismo o el ecologismo radical, se pone en cuestión el valor absoluto de la vida humana. A veces, porque se la tiende a equiparar a la de cualquier otro ser vivo del planeta, sin reconocer el valor infinitamente mayor de lo humano. A veces, porque desde posturas utilitaristas se entiende que la vida sólo es digna y valiosa en determinadas condiciones y estados de desarrollo (aborto, eutanasia, etc.).

  En todo caso, tal y como advierte el Papa, es importante que la defensa de la vida no se vea mediatizada por parcialismos o partidismos que no deben oscurecer la verdad de la cultura de la vida presente en el Evangelio. Así, con el mismo vigor y celo que condenamos el aborto, hemos de condenar la violencia

doméstica, la eutanasia que la pena de muerte, el terrorismo que los crímenes de estado o la violencia ejercida en las guerras.

- *Defensa de la libertad individual y religiosa*: la libertad es un atributo que deriva directamente de la dignidad propia del ser humano que lo distingue de cualquier otra criatura. Por ella se garantiza el respeto a la conciencia individual así como el ejercicio de su voluntad. Algo parecido a lo que afirmamos sobre la vida hemos de decir en relación a la libertad: ningún bien por atractivo o valioso que pueda parecer, merece ser obtenido a costa de dañar o negar la libertad de los otros. De este modo, ningún régimen, ningún método que suponga la supresión de la libertad puede ser defendido desde la fe cristiana.

  Es cierto que la libertad es un concepto que hoy adolece de una gran ambigüedad. Desde la revelación cristiana sólo es auténtica libertad la que procede de la verdad y conduce al bien: "si permanecéis en mi palabra, seréis, de verdad, discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8,32) en palabras del mismo Jesús o "todo me es lícito, pero no todo me aprovecha. Todo me es lícito, pero no me dejaré dominar por nada" (1 Cor 6,12) en las de san Pablo.

  La verdadera libertad, por tanto, es la que nos ha revelado y hemos conocido a través de Cristo, pero hemos de respetar que existan libertades erradas e incluso libertades que conducen a esclavitudes. Eso fue lo que hizo el Señor quien prefirió respetar el derecho a equivocarse de quienes le escuchaban, proponiéndoles siempre la verdad y el bien, pero nunca imponiéndolos a su voluntad. En la Iglesia no acertamos nunca cuando, alejándonos del modo de actuar de Cristo, usamos cualquier forma de coacción o imposición.

  Por ese mismo principio de respeto y reciprocidad, es también función de la Iglesia la defensa de los derechos y libertades sin distinción ni discriminación y en este contexto, la libertad religiosa en todas sus formas (libertad educativa, de culto, de propagación de la fe, de conciencia). Por su índole claramente secular, este es un campo, que no siendo indiferente a los pastores está sobre todo en relación directa con la tarea propia de los laicos.

- *Cuidado de la familia* como Iglesia doméstica y célula básica de la sociedad: tal y como aparece en *Amoris Laetitiae*, la familia querida por Dios como institución imprescindible en la que se asienta la vida del hombre y la misma existencia de la sociedad, está hoy expuesta a muchos y grandes desafíos (cf AL, cap II). Se trata de un campo absolutamente propio de la misión de los laicos, cuya vocación está orientada, en una gran medida, a formar familias cristianas que sean un signo, una buena noticia para el mundo.

  Es cierto que, frente los ataques que hoy sufre la familia y las profundas injusticias que se cometen contra ella, la Iglesia no debe callar. Ha de denunciar

todo aquello que pone a la institución familiar en grave peligro por las graves consecuencias que esto acarrea tanto a los individuos como a la sociedad en su conjunto y a la propia Iglesia. Pero también es verdad que, junto a la denuncia, es mucho más importante hacer presente el bien que es la familia en sí misma, a través de la fidelidad a la vocación propia en el amor de los esposos, de los padres e hijos y de los demás miembros que la forman.

Asimismo es tarea primordial de la Iglesia, el acompañamiento y la sanación de tantas familias que, por razones distintas arrastran cargas y heridas a veces por sus propios errores y otras por causas externas a ellas. Se trata, como afirma el papa Francisco de una invitación a la humildad del realismo que ayuda a no presentar "un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificialmente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales" (AL 37). Sobre esto ya reflexionábamos hace unos años en el Plan pastoral decicado a la pastoral del matrimonio y la familia.

- *Ejercicio de la solidaridad* como expresión externa de la caridad: toda la Iglesia como tal está directamente llamada al servicio de la caridad (cf ChL 41). De hecho, ese era el signo distintivo del cristiano desde los orígenes de la Iglesia y el mayor atractivo y seducción que ejercía en las sociedades paganas en las que vivía. El amor al prójimo es tan importante en la comprensión cristiana que es semejante al amor a Dios sobre todas las cosas (cf Mt 22,37-39). Quien de verdad ha conocido el misterio del amor de Dios, invisible, no puede dejar de comunicarlo a quienes son también queridos por Dios, a los otros, de modo concreto y visible (cf 1Jn 4,20).

  La palabra solidaridad se refiere a ese íntimo vínculo de compasión y cercanía que engloba a toda la familia humana y que el mismo Dios ha insertado en el corazón de cada hombre. La insolidaridad o la indiferencia no pertenecen al proyecto creador de Dios al formar al hombre, sino que es fruto del pecado como aparece en las primeras páginas de la Escritura: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?" (Gen 4,9). Son muchas las ocasiones en las que Jesús advierte de la grave ofensa contra Dios que supone el egoísmo y la insolidaridad, sobre todos en las parábolas como la del rico y el pobre Lázaro, el buen samaritano, o el episodio del joven rico. Como afirmaba el santo jesuita Alberto Hurtado "está bien no hacer el mal, pero está muy mal no hacer el bien".

  La sed la justicia, presentada por Jesús como una de las Bienaventuranzas (cf Mt 5,6.12), la compasión ante quien sufre, la preocupación y la cercanía a los débiles y los más pobres es seña de identidad del cristiano. Hoy sigue habiendo muchas formas de pobreza en la humanidad (material, cultural, moral, existencial, espiritual) y con todas ellas quiso hacerse solidario el mismo Cristo de modo que la indiferencia es advertida por Él como un camino erróneo para

el hombre que puede llevarle a la ruina (cf Mt 25,31-46). Por eso, no puede ser esa una opción en la Iglesia, ni en cada cristiano o comunidad de bautizados.

- *Presencia en la vida política, económica, social y cultural*: una de las grandes carencias de la vida eclesial de los últimos tiempos es, sin duda, su escasa presencia en los distintos ámbitos de la vida política, económica, social y cultural. El cristianismo, desde el principio ha generado una cultura, expresada en las formas artísticas y también del pensamiento. Las mismas formas de organización política basadas en la democracia, el respeto de las libertades y la igualdad de derechos serían inexplicables sin los valores evangélicos transmitidos por la Iglesia. El progreso económico y las mejoras en las condiciones de vida y de trabajo que se dan en el mundo occidental tienen de fondo la ética cristiana basada en el principio del bien común. La estructura de la sociedad, fundada en la justicia y la solidaridad, está asentada sobre el pilar insustituible de la familia cristiana.

  Hoy, en paralelo a una progresiva descristianización de la sociedad sobre todo la occidental, aparecen signos de unas formas de bienestar económico que, sin embargo, no puede ocultar una grave crisis espiritual que tiene consecuencias en la decadencia cultural, en el creciente desprestigio del mundo de la política, en relaciones económicas cada vez más despersonalizadas y en una quiebra social y familiar evidente. Todo ello no constituye únicamente un problema a nivel social o político sino que repercute directamente en la vida de muchas personas que, por ser más vulnerables, sufren de diversos modos, el abandono, los abusos, la violencia, la marginación o la injusticia.

  La Iglesia no puede abdicar de esta parte de su misión que supone la implantación del reino de Dios en el mundo a través de la transformación de aquellas estructuras que son egoístas, injustas o corruptas. Es principalmente tarea de los laicos "por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, que los bienes creados se desarrollen al servicio del bien común y se distribuyan mejor entre los hombres […] mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura" (LG 36).

Cuestiones para la reflexión

¿En qué aspectos de nuestra participación en la misión de Cristo pueden mejorar? ¿El testimonio de palabra? ¿La entrega generosa de la vida en la misión? ¿La acción concreta en el mundo? ¿Qué iniciativas concretas señalarías?

Tercera parte

LA IGLESIA EN SALIDA

Partiendo de esta expresión tantas veces repetidas por Francisco, en esta tercera parte del Plan pastoral, vamos a fijarnos en las características y actitudes que el Papa espera de la Iglesia en este tiempo de misión, de Nueva Evangelización. La Iglesia comienza su misión a partir del mandato de Jesús después de la Pascua por el que envía a sus discípulos otorgándoles su propio poder. Así, con la autoridad recibida de Jesús y la promesa del Espíritu Santo, los primeros discípulos, la primera comunidad cristiana es enviada a la misión de hacer discípulos de todos los pueblos. "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues y haced discípulos míos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos" (Mt 28,19-20).

Este "impulso de salida" estaba ya presente en la vocación de todos los creyentes del Antiguo Testamento (Abraham, Moisés, Jeremías, etc.). En el Evangelio de san Mateo esta llamada a salir se resume en el "id" que constituye el último mandato de Jesús y que supone, no una sustitución de la Iglesia a la misión de Cristo sino que es participación en la misma misión de Cristo quien comunica a la Iglesia su autoridad y le promete su presencia hasta el final de los tiempos. "Salir" tiene un significado literal desde luego, y supone ponerse en camino para buscar y hacer discípulos de todos los pueblos, cercanos y lejanos, siguiendo el modo de actuar de Jesús Maestro y Pastor, a "mis otras ovejas que no son de este redil" (Jn 10,16).

Pero "salir", al mismo tiempo tiene un sentido más existencial y se refiere a la actitud propia del cristiano, llamado a ir más allá de su "círculo de confort", en definitiva a salir de sí mismo para ponerse en camino hacia el otro. Jesús no se presenta como un rabino que está a la espera de que se le acerquen quienes estén interesados por su mensaje. Él sale a los caminos, es el Buen Pastor que deja las ovejas que ya están en el redil en busca de aquella que está perdida para llevarla sobre sus hombros, como también es el Buen samaritano que no pasa de largo, sino que se inclina sobre aquel que herido y abandonado no sabe como levantarse de su postración.

La primera comunidad cristiana era consciente de que es enviada a seguir los pasos de Jesús y salir en busca de los que no conocen el camino de la salvación. En gran medida nos encontramos en una situación parecida, puesto que ya no tenemos ante nosotros una sociedad cristiana, ni siquiera culturalmente. La Iglesia no puede quedarse a la espera para instruir a los que vayan llegando o para administrar los sacramentos a los que los piden porque una gran mayoría ya no se sienten con la obligación de acercarse a la Iglesia ni descubren la necesidad de recibir la gracia.

En una situación de descristianización, la Iglesia está llamada a ser una comunidad misionera que es consciente que le ha sido confiado un tesoro que ha de ofrecer a todos. Sabe que el hombre sin Dios no conoce el amor verdadero, ni la esperanza definitiva, ni la verdad que sólo por la fe puede ser descubierta. Es cierto que salir a la intemperie es siempre difícil y que afrontar la indiferencia, el desprecio, cuando no la incomprensión o la persecución es una barrera que cuesta superar. Ya le pasó a los primeros discípulos que no sabían cómo salir de las paredes del Cenáculo, porque intuían que participar de la misión de Cristo suponía participar de la cruz de Cristo. Sin embargo hasta que, por la fuerza del Espíritu Santo no fueron capaces de salir de ese encierro no se puede decir que se hizo presente lo que en verdad es la Iglesia.

Dado que la expresión "Iglesia en salida" pertenece genuinamente al lenguaje utilizado por el papa Francisco, vamos a valernos de algunas otras expresiones presentes en su magisterio pastoral para concretar algunas de las características que él espera y promueve para que se lleve a cabo en la comunidad cristiana:

La conversión pastoral

A la necesidad de pasar de una Iglesia más centrada en su misma a una Iglesia que sea verdaderamente misionera es a lo que se refiere el papa Francisco cuando habla de la conveniencia de que se dé en ella una verdadera conversión pastoral. Normalmente cuando escuchamos la palabra "conversión" entendemos que se refiere a un cambio ético por el cual se abandone una vida de pecado para comenzar un camino que lleva a la salvación y la santidad. Esta dimensión moral de la conversión es cierta, sin duda, pero si atendemos al significado original de la palabra griega *metanoia*, nos damos cuenta de que se trata de una realidad más amplia: no es sólo un cambio de comportamiento sino de un cambio de mentalidad.

La Iglesia es enviada a comunicar aquello que ha recibido, de manera que la comunión en la fe y el amor en que ella se funda, sea ofrecida a quienes no pertenecen a ella porque no la conocen. Nos cuesta comprender que nuestra sociedad tiene que ser intensamente evangelizada y por eso aún nos resulta extraño y llamativo el hecho de ver a misioneros de otras confesiones cristianas que salen a las calles o visitan casa por casa para ofrecer el mensaje de salvación en el que creen. Por otra parte, formando parte de una sociedad postcristiana, cada vez produce más pudor o respeto humano el referirse a la fe o expresarla públicamente fuera del ámbito puramente eclesial.

Sin embargo en el camino de la fe, la iniciativa ha de ser siempre de la gracia, es siempre de Dios. Es Dios el que llama y lo hace a través de los acontecimientos y las mediaciones. Así fue con los primeros elegidos, los patriarcas, luego con los profetas urgidos a salir de su tierra y el mismo Jesús ha salido del Padre y ha venido al mundo (cf Jn 16,28). "La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa y por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al

encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos" (EG 24).

Para ello, es imprescindible una profunda renovación eclesial que la permita ser un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación (cf EG 26). En este sentido, ya desde el Vaticano II se descubre la necesidad de estar en el mundo con una actitud de servicio y de diálogo yendo más allá de la confrontación y la condena por sistema. Es cierto que en nuestro mundo, en nuestra sociedad, hay muchos planteamientos, actitudes y situaciones que están en completa oposición a los valores del Evangelio. Pero es muy evidente que ni la descalificación ni la imposición, ni tampoco el repliegue sobre sí mismos son actitudes que ayuden a la Iglesia en nuestro mundo de cara a la misión.

El diálogo, que es recomendado vivamente en el Concilio, no debe entenderse como una renuncia al mensaje íntegro del Evangelio tal como la Iglesia lo ha recibido de Jesús (cf EN 20). Se trata de comprender que en una sociedad plural, lo que es capaz de atraer a quienes se encuentran fuera de la fe es la seducción, el resplandor de la verdad que se da en quienes viven su fe desde la alegría plena que brota del encuentro con Cristo. No se trata de demostrar a los demás que se encuentran en el error o en la ignorancia sino en manifestar la luz de la verdad y acompañar ese anuncio con frutos de vida nueva. Se trata de valorar lo que de bueno se da en este mundo y al mismo tiempo de presentar todo lo bueno que ofrece la fe cristiana a los hombres a través de la vida de los cristianos transformada por la gracia.

Nuevos métodos, nuevo lenguaje, nuevo ardor para manifestar la novedad total y permanente de Cristo que siendo el mismo ayer, hoy y siempre, supone la respuesta a las contradicciones, las luchas y las heridas del hombre de cada tiempo. "Cristo no quita nada al hombre, Él nos lo da todo" afirmaba el papa Benedicto XVI en la homilía de inicio de su pontificado. Él es el único capaz de saciar la sed que se da en el hombre y que este mundo puede, en el mejor de los casos, solapar con falsas satisfacciones. Sed de trascendencia que se manifiesta en tantas propuestas de espiritualidades de todo tipo, algunas de ellas estériles, otras claramente confusas o incluso perniciosas. Sed de felicidad que el mundo no es capaz de hallar dada la incapacidad de permanecer en un amor definitivo o en el ansía desmedida de placeres o de consumo.

El diálogo con la samaritana resume en gran medida esta conversión pastoral a la que nos invita el papa Francisco. Jesús no condena a la mujer ni por pertenecer a una comunidad cismática, ni por llevar un comportamiento moral equivocado, no entra en polémica con ella sino que le ofrece el don valioso que lleva consigo, la vida eterna. Sólo cuando ella ya se ha abierto a escuchar la propuesta de Jesús, cuando se ha interesado por ella, cuando ha descubierto su sed y comienza a sentir el deseo por conocerlo y recibirlo, Jesús le invita a enfrentarse a su propia contradicción (cf Jn 4).

“La Luz de las gentes que es Cristo, resplandece en el rostro de la Iglesia” (LG 1) y esa luz es la que permite reconocer las propias tinieblas. Por eso es tan importante el testimonio personal de quienes, habiendo estado también un día en las mismas tinieblas, han descubierto al Señor y lo proponen a sus hermanos que aún no lo conocen. Tanto de forma individual como comunitaria, este kerigma vivido y anunciado, con valentía y a la vez con humildad es capaz de quebrar la coraza que, como consecuencia del pecado, impide a muchos abrirse a la salvación. No olvidemos que, en ningún caso, estamos hablando de enemigos a los que combatir, dado que nuestro enemigo no es nadie de carne y hueso.

Una Iglesia pobre para los pobres

El papa Francisco expresa, en un modo que nos recuerda mucho el famoso discurso de Martin Luther King, su sueño de una “Iglesia pobre para los pobres”. La pobreza es un consejo evangélico que engloba el modo de vida que prefirió el Señor quien, por pura gracia, al encarnarse, “siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). Esta frase la utiliza san Pablo en el contexto de la colecta que él había organizado entre las comunidades más pudientes de Grecia para asistir a la comunidad madre de Jerusalén que pasaba por penalidades.

¿A qué pobreza se refiere Jesús? ¿A la mera pobreza material, de la escasez de bienes, que permite solidarizarse con quienes carecen de lo más imprescindible para sobrevivir? ¿A la pobreza espiritual que supone el desapego de los bienes de este mundo, del reconocimiento de los otros, del descubrimiento de Cristo como única verdadera riqueza y que es la fuente de la verdadera libertad? ¿A las formas de pobreza que, sin ser estrictamente materiales impiden al ser humano alcanzar su plena dignidad: pobreza cultural, moral, etc.? Seguramente el elegir alguna de estas dimensiones de la pobreza olvidando las otras, supone una reducción de toda la riqueza del mensaje evangélico.

Cristo viene a este mundo a otorgar el don precioso de la salvación que enriquece al hombre con un tesoro que es definitivo y le libera de falsas riquezas que embrutecen el corazón y le convierten en esclavo. Cristo viene a salvar a todos los hombres porque su salvación es universal pero también a todo el hombre porque su salvación es integral. Por su Encarnación, Jesús viene a este mundo desde dentro asumiendo la vida de aquellos que viene a salvar para desde ahí otorgarles, ofrecerles la vida que trae para todos. “Hacerse todo a todos para ganar como sea a algunos” (1Cor 9,22) dirá san Pablo en relación justamente a lo que supone la misión de la Iglesia como continuación de la misión de Cristo.

La Iglesia, por ser sacramento tiene un aspecto visible y otro invisible y para que pueda cumplir su misión de ser luz del mundo, ambas realidades tienen que corresponderse. Así, si se da en ella una llamada a la sencillez y la pobreza evangélicas, de modo que así

se exprese que en ella su único poder viene de Cristo, esto ha de manifestarse en su modo de vida concreto. Por eso, cuando en la Iglesia las riquezas o los poderes o los placeres de este mundo se adueñan de los corazones y las instituciones, se oscurece de modo inmediato el mensaje perdiendo el brillo de la verdad y la fuerza de la convicción.

La famosa "opción preferencial por los pobres" es la misma que encontramos en Jesús quien, viniendo a salvar a todos los hombres, se compadece especialmente de aquellos que, por estar más privados de cualquier medio humano, por hallarse más alejados de la verdad, por estar más hundidos por el dolor en cualquiera de sus formas, tienen más difícil el acceso a esa salvación. Jesús no excluye a nadie pero por un principio de justicia, da más a quienes menos tiene en cualquier faceta de la vida de que se trate.

Pero esta opción preferencial por los pobres, tiene que estar verificada por una opción clara a favor de una vida pobre. En este mundo tan seducido por las riquezas y comodidades, por el bienestar, el confort y las seguridades económicas, por la satisfacción de apetitos y caprichos, el signo de una Iglesia sencilla y austera en su forma de vivir es imprescindible para hacer creíble su mensaje. "Al que es fiel en lo poco, se le confiará lo mucho" (Mt 25,23), el que en los detalles más inmediatos, en lo personal y también en lo colectivo cuida y vigila su relación con los bienes de este mundo, está siendo fiel al modo de vida del Maestro. Se le confiará lo mucho porque el que está menos apegado estará más libre y disponible para la misión y menos tentado de ambicionar el éxito personal o el reconocimiento de los otros.

La fidelidad de los religiosos al consejo de la pobreza evangélica, también cuando han de desprenderse de bienes que ya no van a usar o casas que no van a habitar, la vida sencilla de los sacerdotes, tanto en aquello que reciben como sustento por sus servicios como en los medios de los que se sirve, la generosidad y la austeridad de las familias en su modo de vida y en el uso de su tiempo son un signo de que en el corazón de cada uno se sirve al Señor y no al dinero. Esto mismo que se dice de cada individuo adecuado a su vocación, bien debe poder decirse de las instituciones, parroquias y de las mismas estructuras diocesanas. La palabra clave, tan querida en la primitiva Iglesia es la "vigilancia" para evitar la seducción de las riquezas que esclavicen el corazón y escandalicen a los que no creen.

La Iglesia, hospital de campaña

"Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla" es otra frase muy gráfica del papa Francisco para referirse a la misión que ésta debe jugar en la sociedad. Se trata de una imagen muy evocadora que nos recuerda esa forma de asistencia *in situ* cuando se ha producido una guerra que ha dejado victimas y heridos en el mismo campo de batalla. En un hospital de campaña no se trata de decirles a los enfermos que se acerquen al hospital, que entren en listas de espera o que aguarden los

resultados de los análisis, sino de salir al campo, acogerlos sin tardanza y sanar las heridas más graves para evitar que mueran como consecuencias de ellas.

La Iglesia en cuanto lugar de la misericordia divina, que como recuerda una de las Plegarias eucarísticas, es "recinto de verdad y de amor, de libertad de justicia y de paz", en medio de este mundo "dividido por guerras y discordias". Cuando el buen samaritano se acerca al hombre apaleado, desnudo y abandonado de la parábola evangélica, no le pregunta por sus creencias, cuando el padre recibe al hijo menor que viene de lejos no le somete a un interrogatorio sobre cuáles son sus pecados o quienes fueron sus cómplices. El primero, ante quien estaba medio muerto, le curó sus heridas con aceite y vino y lo llevó a la casa para que fuera cuidado (cf Lc 10,25-37). El segundo que ante quien "estaba muerto y ha vuelto a la vida, que estaba perdido y ha sido hallado, lo recibido con un abrazo de perdón y reconciliación capaz de restituir las profundas heridas interiores, de fracaso y humillación, de mentira y de soledad que trae consigo (cf Lc 15,11-32).

Vivimos en una sociedad, llamada del bienestar, en la que se garantiza la cobertura sanitaria y en gran medida el sustento mínimo en salarios y pensiones que en otras épocas no se daba. Esto es verdad y se debe valorar y colaborar para que todo lo que de bueno tiene la sociedad contemporánea se mantenga y se incremente. Hay subvenciones, prestaciones, formas asistenciales, seguros públicos, salarios sociales que, sin duda, son un logro social que antes no existía y en esto la Iglesia ha de contribuir y alentar en la sociedad a los poderes públicos y estatales.

Pero hay otra cara de la moneda en el sufrimiento de tantas personas heridas y de tantas familias rotas, divisiones ocultas que dan la cara a través de distintas formas de violencia. Son muchos los que arrastran errores que este mundo no está dispuesto a perdonar. Además, se producen agresiones a los derechos de las personas y a su vida que dañan a las víctimas en lo más profundo pero también, en distinta manera, al que la ejerce como es el caso del aborto o de los abusos o maltratos. Asimismo, se da una profunda manipulación en las personas, sobre todo en los jóvenes que por estar basada en la mentira, deja un profundo sentimiento de decepción y de fracaso. Y, por otra parte, sigue habiendo muchas personas que, más o menos solapadamente, son injustamente maginadas o discriminadas.

Si hay una característica en la vida de Jesús en relación con los demás, más allá de la diversidad de situaciones es la de la acogida, la escucha, la compasión y la misericordia. No juzga, ni desdeña el Señor ni a la mujer adúltera que le lava los pies, ni al joven rico que se acerca sin entregarse del todo, ni al centurión romano que le pide ayuda siendo un enemigo de su pueblo, ni a los leprosos que eran vistos como malditos y peligrosos en su tiempo. "Yo tampoco te condeno, vete y en adelante no peques más" (Jn 8,11), "has quedado sano. No vuelvas a pecar no sea que te ocurra algo peor" (Jn 5,14).

La acogida del pecador, no significa en absoluto anuencia o complacencia con el pecado que haya cometido y cuyas consecuencias morales o espirituales ahora sufre. Lo sabemos sobradamente: Dios aborrece el pecado siempre y en todos los casos pero ama al pecador, a todos y en cualquier caso. Incluso cuando éste se resista al perdón, se halle ufano en su pecado, incluso cuando blasfeme o dañe conscientemente a sus hermanos, Dios sigue amando a quien es obra de sus manos. Y es sólo ese amor incondicional el que puede rescatarlo y redimirlo de su esclavitud si es capaz de reconocerlo y abrirse a Él. Al *misterium inquitatis*, misterio del mal, de la irrupción y la presencia del pecado en el corazón del hombre se corresponde el misterio de la misericordia divina manifestado en plenitud en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, "donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rom 5,20).

"Vete y haz tú lo mismo" (Lc 10,37) le responde Jesús al maestro de la ley que quería saber quién era ese misterioso prójimo que no siendo necesariamente de su familia ni de su pueblo, Dios pide en su Ley que sea amado. El prójimo es el que practica la misericordia con él, quien sin exigirle nada a cambio, ningún requisito previo lo acoge, lo recibe y, después de curarlo, lo cuida. Es Jesús quien lo cura y es la Iglesia la posada en la que Él lo confía para ser cuidado hasta que Él vuelva (cf Lc 10,34-35). Hasta la vuelta del Señor, la Iglesia, por tanto, ha de ser el lugar que en este mundo, campo de batalla contra el mal, el hospital de campaña en el que se ingresa sin requisitos ni derechos de admisión, "porque nunca en ninguna parte deben reinar las entrañas de misericordia, como en la Iglesia católica, para que, como auténtica madre, no insulte con orgullo a los hijos pecadores, y perdone, sin dificultad, a los arrepentidos" (san Agustín).

Hoy que se dan tantas circunstancias y situaciones distintas en la vida de los hombres y mujeres, en un mundo tan complejo, donde reina la confusión cuando no la mentira, establecer normas inflexibles puede ser una opción profundamente injusta. El mismo Señor se rebelaba con firmeza ante la absolutización de las normas que no tiene presente las circunstancias concretas y, sobre todo, la primacía de salvar lo que está perdido antes que salvar la integridad de la Ley. "La Iglesia es para los hombres" decía hace casi cien años el papa Pío XI, es "servidora de los hombres" (ChL 36) recuerda san Juan Pablo II hace casi veinte, "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (GS 1), nos recuerdan las palabras del Vaticano II.

Las periferias existenciales

Ya en su discurso a los cardenales en el pre-cónclave del 9 de marzo de 2013, el entonces cardenal Bergoglio afirmaba: "Evangelizar supone en la Iglesia la *parresía* de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del

pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria". El cristianismo debe dirigirse no solamente a los sanos, sino sobre todo, a los pecadores, a los alejados, al hijo pródigo, a aquellos que no habiendo conocido a Cristo se han visto privados del afecto del Padre. Están alejados del "centro", que no es la Iglesia como institución, sino el mismo Cristo.

Seguramente partiendo de esta idea podríamos referirnos a innumerables realidades que en nuestra sociedad podríamos denominar periféricas y que se constituyen en un desafío para la misión de la Iglesia. Las razones por las cuales podemos considerar estas realidades como periféricas son muy distintas unas de otras pero en todos los casos deben ocupar un lugar en la misión pastoral y evangelizadora de la Iglesia:

Los excluidos o descartados: el Papa habla de la "cultura del descarte" para referirse a una situación contradictoria que se da en nuestra sociedad occidental en la que crece el bienestar para una mayoría pero en la que por una u otra razón muchos quedan descartados o excluidos y sin posibilidad de salir de esa situación por sus propias fuerzas. No es un campo nada fácil porque estamos hablando de personas y a veces de familias profundamente heridas, donde se dan situaciones de degradación moral, de desgarro personal, de resentimientos y a veces de violencia ejercida y sufrida, que exigen de esa *parresía* o valentía que el Papa pide a la Iglesia.

Mención especial merece aquí el mundo de la droga que deja un rastro de sufrimiento y de muerte no sólo entre quienes se encuentran bajo su efecto sino también de sus familias y amigos. Además de ella dependen muchos otros de los grandes problemas de la sociedad como la marginación o la delincuencia que dejan a veces para siempre a personas en una postración de muy difícil superación.

Los más jóvenes: los niños y los jóvenes, más allá de las apariencias, son algunos de los más desatendidos de la sociedad. Especialmente vulnerables a las transformaciones sociales, hoy muchos niños y jóvenes sufren heridas muy profundas como consecuencia de adiciones sociales como la dependencia de las redes sociales y de la pornografía, que es una verdadera plaga social, así como de carencias afectivas procedentes de rupturas matrimoniales en sus familias, de una infancia robada por una sociedad hipersexualizada y consumista que los convierte en dependientes y manipulables.

Además de estas dificultades que podríamos denominar familiares, sociales o afectivas se encuentran otras de orden espiritual. Es muy significativo que el Papa al hablar de periferias existenciales se refiera concretamente a la inexistencia en muchos de los más jóvenes del más mínimo conocimiento o experiencia del mundo espiritual. "Una periferia que me hacía mucho mal era encontrar en las familias de clase media niños que no sabían hacer la señal de la cruz. ¡Esta es una periferia! (…) Estas son verdaderas periferias existenciales, donde no está Dios".

El mundo de la increencia: si la periferias se refieren a aquellos lugares donde no está Dios, al menos de forma consciente, sin duda que hemos de incluir el mundo de la increencia. Por razones de que a veces escapan de la responsabilidad de la Iglesia, como las ideologías o los intereses particulares y otras que si lo son como la omisión o los testimonios negativos de los propios cristianos, lo cierto es que, por desgracia son muchos los que habiendo sido bautizados e incluso educados en familias y colegios cristianos han abandonado la fe. Se trata de una verdadera "apostasía silenciosa". Son los alejados, aquellos que un día estuvieron en la Iglesia pero que por opciones morales contrarias a la fe (divorcios, abortos) o por influjo de los valores hoy en boga se han ido alejando de la comunidad cristiana.

Es más, hoy además de los que se fueron de la Iglesia, puede hablarse de los que nunca estuvieron dado que, por la extensión del fenómeno de la descristianización, son cada vez más en nuestros pueblos y ciudades quienes no han recibida la más mínima noticia de la fe cristiana e incluso los que no han recibido el sacramento del Bautismo. Estamos hablando, en estos casos, de una situación muy cercana a la que se da en países de misión donde el anuncio del Evangelio ha de partir de cero y donde el catecumenado cristiano se hace imprescindible.

El mundo del sufrimiento y la soledad: la experiencia del dolor y del sufrimiento es siempre una prueba que puede ser durísima para quien la sufre. Estamos ante una sociedad que, ansiosa de placer y de bienestar, es incapaz de asumir y encajar estas otras situaciones que ponen en cuestión toda la existencia y frente a las que no tiene respuesta. Hoy más que nunca puede decirse que la cruz es a la vez escándalo y necedad para muchos (cf 1Cor 1,23ss) y ante la cual el mundo sólo ofrece como respuesta la resignación, la rebeldía ante Dios o la huida dramática e injusta de esa situación al precio incluso de la misma vida (suicidio, aborto, eutanasia).

No faltan, es verdad, iniciativas de solidaridad dentro y fuera de la Iglesia pero también es verdad que, desprovistas de un significado trascendente, estas situaciones se convierten en incomprensibles. Hoy, en gran medida, se ignora la verdadera dignidad de la vida humana, como don precioso de Dios, el valor del sacrificio y de la compasión o la existencia de la vida eterna que da todo el sentido a la existencia presente. Estamos ante una sociedad donde abunda el dolor ocultado y incluso a veces vergonzante, el abandono y la soledad de los más vulnerables y menos útiles como los enfermos o los ancianos, que constituyen sin duda una periferia oscura y dolorosa que sólo Cristo muerto y resucitado presente en su Iglesia puede acoger e iluminar.

La pobreza y la inmigración: "a los pobres los tenéis siempre con vosotros pero a mí no siempre me tenéis" (Jn 12,8). Esta afirmación de Jesús se cumple en la historia del mundo, donde siempre han existido pobres. Pero esto no hemos de interpretarlo como una actitud resignada o complaciente de Jesús respecto de la existencia de la pobreza. La pobreza, inseparable de la desigualdad entre los hombres, es una

consecuencia del pecado que rompe la igual dignidad de todos ante Dios e impide la providencia abundante de bienes para todos con los que Dios ha dotado al mundo.

"El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es, ante todo, una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor" nos recordaba Benedicto XVI en su primera encíclica sobre el amor cristiano *Deus Caritas est* (DCE 20).

La pobreza, como en los tiempos de Jesús, tiene muchos rostros y raíces muy diversas como lo muestra el propio Señor en el discurso sobre el Juicio Final en el Evangelio de san Mateo (cf 25,31-46). En cada uno de estas formas, Jesús se identifica claramente con la suerte de quienes la sufren al punto que el servir a los pobres es tanto como servirle a Él de modo que no se trata de un mero consejo sino de una exigencia del Evangelio. En cada circunstancia, la Iglesia ha de buscar la manera de servir a los pobres de la manera más eficaz y a la vez la que más haga posible que quede a salvo la dignidad del ser humano que está más allá de sus circunstancias.

En estos últimos años hemos conocido, en relación con la reciente crisis económica la existencia de personas y de familias que se vieron abocadas a la triste experiencia de la pobreza y la carestía que nunca habían conocido como consecuencia de la pérdida masiva de empleo o de los ajustes económicos que hubieron de realizarse. Esto exigía una particular delicadeza a la hora de afrontar estas situaciones nuevas.

Por otra parte, es también un fenómeno reciente, al menos en las dimensiones con que hoy se da, la problemática de la inmigración. Como movimiento generalizado, esta situación es consecuencia tanto de la globalización como de la extrema pobreza que se da en países del Tercer Mundo y, en algunos casos, de situaciones de violencia, de guerras y persecuciones o de la falta de libertad. Se trata, sin duda alguna, de un fenómeno complejo en el que las causas y las consecuencias son múltiples y variadas. Más allá de cuestiones legales o de conveniencia política, es evidente que ante la persona concreta que viene de lejos, desde la fe no cabe otra postura que la de la acogida y la asistencia al que se encuentra en precariedad.

"No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis en la tierra de Egipto" recuerda en el libro del Éxodo el mandato del Señor (Ex 22,20). Si Israel emigró a Egipto huyendo de la pobreza y el hambre en tiempo de sequía, el mismo Jesús con su familia fue emigrante –por expreso mandato de Dios– huyendo en este caso de la persecución. Por eso, más allá de las razones que le hayan movido, más allá de las diferencias culturales y hasta religiosas y de cuestiones de legalidad que se den en aquellos que vienen, por razón de su dignidad y del mandato del amor fraterno, "dar cobijo al peregrino" sigue siendo un criterio claro y expreso del Evangelio.

La autorreferencialidad

Una de las tentaciones más serias y peligrosas de las que el Papa advierte a la Iglesia en el tiempo presente es lo que él denomina la autorreferencialidad. Se entiende ésta como una especie de ensimismamiento que puede darse en la Iglesia al punto que olvide su condición de medio de salvación y no de fin en sí misma. Los santos Padres hablaban de la Iglesia comparándola con la luna en relación con Cristo que es "el Sol que nace de lo alto" (Lc 2,78) que nos ha visitado por la entrañable misericordia de Dios.

Como nos recordaba el título de una de las conferencias de la Semana de Teología de este año, la Iglesia es esencialmente misionera. Está llamada a salir de sí para llevar la luz de Cristo a todos los hombres y llevar a los hombres al encuentro con Cristo, Luz del mundo. "Conviene que yo mengüe para que el crezca" (Jn 3,30) decía Juan Bautista en relación a Cristo y esto es aplicable también a la Iglesia. La Iglesia, como la semilla, como la sal, como la red está llamada a realizar una tarea importante no por su apariencia externa o su protagonismo histórico, sino por la fidelidad y la fecundidad de su misión. "Dios no me ha llamado a tener éxito – decía Santa Teresa de Calcuta – sino a ser fiel", lo primero es señal de una recompensa pasajera, lo segundo garantía de una recompensa eterna.

De hecho, cuando la Iglesia ha vivido en la precariedad, en el anonadamiento, en la aparente insignificancia, los frutos han sido inmensos. En cambio cuando, deslumbrada por los cantos de sirena de cada época o por la mundanidad, ha buscado la relevancia social o el poder temporal, su verdadero rostro ha quedado oscurecido y su misión comprometida. Desde esta perspectiva, estos tiempos de crisis de fe, pueden ser ocasión de una verdadera purificación para la vida de la Iglesia, ocasión de volver a su ser genuino tal y como Cristo la quiso fundar.

Pero todo esto no hay que entenderlo como referido únicamente a la Iglesia universal, sino también a la Iglesia diocesana y a todos y cada uno de sus miembros y realidades comunitarias. Cuando la vida de cada uno gira en torno al eje de sí mismo, aparecen los personalismos, las competencias, las murmuraciones y envidias e incluso en casos más graves los pecados de corrupción material y moral en todos los órdenes.

La meta terrena de la Iglesia no está en su bienestar en este mundo sino en la misión que le ha sido encomendada. Ella es aquella "nube inmensa de testigos" de la que se habla en la carta a los Hebreos llamados a correr "con constancia en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia y ahora está sentado a la derecha de Dios" (Hb 12,1-2).

Una Iglesia centrada en sí misma, preocupada por los reconocimientos y seguridades de este mundo, ya no puede ser misionera. Una Iglesia estancada en clericalismos,

maledicencias o luchas de poder lleva demasiado peso para ponerse en camino. Una Iglesia demasiado obsesionada por las estructuras visibles, por los formalismos externos, pierde muchas energías que le harían falta para cumplir su misión. "Renunciando a todo lo estorba y al pecado que nos asedia" y así poder tener los ojos fijos en Cristo y así ser una nube de testigos para los demás.

Primerear

Se trata de un neologismo, esto es un término nuevo creado por el Papa que bien podría traducirse "por tomar la iniciativa". San Juan XXIII en los años del Concilio Vaticano II hablaba del *aggiornamento*, palabra italiana que significa "puesta al día". Con ella quería referirse el Papa a la actitud que, para él era imprescindible por parte de la Iglesia, de intentar actualizar su lenguaje y sus formas de manera que pudiera dar respuesta a los interrogantes de aquel momento del siglo XX, de cambios tan rápidos y profundos. La preocupación para san Juan XXIII era que la Iglesia, demasiado preocupada por defenderse de teorías e ideologías erróneas, se quedara, siempre y en todo, rezagada respecto al mundo como sí su mensaje ya no fuese actual.

Para fundamentar esta actitud, entonces novedosa, el Papa se valía de las palabras de Jesús en el Evangelio de san Mateo: "¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?". Una frase que, no obstante, parece ir aún más lejos de lo que interpretaba en ella san Juan XXIII. No se trata solamente de actualizar el mensaje cristiano al momento histórico presente en cada momento, sino de leer los signos que anticipan la voluntad de Dios para los hombres. En el fondo, esto es lo constituía la misión propia de los profetas: entrever el futuro que Dios va desvelando para mostrarlo al mundo, tomar la iniciativa como decíamos al principio.

Lo que el Señor parece decir es lo siguiente: "¿Sabéis descubrir lo que está por llegar a partir de los datos científicos –el aspecto del cielo– y lo creéis como verdadero e indiscutible y no sabéis leer los acontecimientos históricos y trascendentes –los signos de los tiempos–, donde se muestran las promesas de Dios?" Desde siempre el Señor ha anunciado proféticamente a través de las promesas el camino que tiene preparado para el hombre. "La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha *primereado* en el amor y por eso sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo […] ¡Atrevámonos un poco más a *primerear*!" (EG 24).

No se trata, desde luego, de un ejercicio de adivinación del futuro al modo en que lo hacen tantos charlatanes de nuestro tiempo retornando al caduco pensamiento mágico o mitológico. Lo que sí se trata es de discernir, palabra clave, para así reconocer las primicias de la voluntad de Dios que el Espíritu Santo desvela a la Iglesia, para que ella lo comunique al mundo. No se trata, tampoco de volverse contra la Tradición recibida de Cristo a través de los apóstoles. Justo lo contrario, en esta Tradición viva, Dios da a conocer a la Iglesia, antes que a nadie, su proyecto de

salvación que nunca puede desmentir lo que ya se ha revelado pero que permite reconocer lo que Dios tiene preparado para nosotros. Sin duda, algunas de las iniciativas del Papa que por novedosas no siempre son fáciles de asimilar como la preocupación ecológica, el diálogo interreligioso o la sinodalidad en el modo de entender la autoridad a la Iglesia obedecen a este deseo de tomar la iniciativa leyendo los signos de los tiempos como expresión de la voluntad de Dios.

El discernimiento, clave para la misión

Una de las mayores insistencias del papa Francisco es, sin duda alguna, la del discernimiento, como un instrumento valiosísimo pero en gran medida infrautilizado, tanto en lo personal como en lo comunitario para la Iglesia y para la misión que ella ha de cumplir. "Recemos juntos para que toda la Iglesia reconozca la urgencia de la formación en el discernimiento espiritual, en el plano personal y comunitario". Estas palabras se hacen eco de un cierto "analfabetismo espiritual" en el pueblo de Dios, poco acostumbrado a ejercitar un sano discernimiento en lo que se refiere a las decisiones, al descubrimiento de la propia vocación laical así como de la misión de cada uno en la Iglesia y como llevarla cabo.

Sabiendo que Dios habla en nuestra conciencia es importante constatar que aquello que venga de Dios tiene que tener un primer origen en nuestro interior. Dios habla, más bien a través de una intuición, de un cierto movimiento interior que nos hace inclinarnos por una cosa más que por otra. Pero esta inclinación no nace de la propia apetencia o gusto, sino que a veces incluso puede ser contraria a lo que uno preferiría: digamos que Dios tira de nuestra voluntad a veces con la corriente a favor a veces en contra, pero de modo que se percibe ese tirón en lo más profundo.

Por eso es importante que esta *intuitio* interior se vea confirmada, iluminada, purificada o desmentida por mediaciones externas. La primera es, sin duda, la Palabra de Dios en la que sabemos que se halla contenida la voluntad divina que nos ha sido revelada objetivamente pero que, a la vez, va dirigida a cada uno. Ahora bien, aquello que descubramos al escrutar la Palabra divina no puede estar en contra de lo que la Iglesia interpreta en ella. Primero, porque Dios, que es Verdad eterna y perfecta, no puede desdecirse ni engañarnos. Segundo porque la Iglesia ha recibido la promesa de Jesús de que el Espíritu Santo la conducirá a la verdad completa y así no se equivoca en aquello que cree. Por eso es también importante el criterio de la Tradición que nos permite mantenernos en la unidad en la fe de la Iglesia y en la continuidad de las verdades recibidas por ella y reconocidas "por todos, en todos los lugares y siempre".

Un tercer criterio de discernimiento personal es la lectura o interpretación de la propia historia, de los acontecimientos externos que me rodean y afectan. Dios habla a través de esos hechos significativos bien sea facilitando (*facilior*) el camino para mostrar cual es el adecuado, bien dificultándolo (*difficilior*) como una prueba cuya superación puede ser también signo de que la decisión es de Dios y no movida por otro origen.

En cualquier caso, hay un criterio negativo en todo discernimiento que es preciso tener en cuenta y es de gran utilidad. Nunca puede venir de Dios lo que objetivamente sabemos que es malo en sí mismo. Discernir no puede ser nunca elegir entre el bien y el mal: a eso lo llamamos tentación. Discernir significa elegir entre dos bienes para escoger el mejor, el que Dios prefiere en cada circunstancia o persona concreta.

Tampoco cabe en un auténtico discernimiento, la elección entre la verdad y la mentira, y por eso es importante atender a la Palabra de Dios y a la Tradición de la Iglesia. Por último, discernir no puede suponer escoger lo absolutamente repulsivo para quien elige, aquello que significa una imposibilidad moral o física, aquello que no es dado poder hacer o que el hacerlo supone un quebranto irrecuperable de la voluntad.

El discernimiento puede ser personal, que es el más habitual, o comunitario cuando aquello sobre lo que se debe decidir incluye, no a una sola persona, sino a una comunidad, grupo, parroquia, congregación, etc. En uno y otro caso, además puede ser acompañado por aquellos que, por experiencia espiritual (cristianos maduros en la fe, religiosos con experiencia) o por gracia de estado (sacerdotes) se ofrecen a ayudar, con el auxilio del Espíritu Santo, a descubrir la voluntad de Dios.

Cuestiones para la reflexión

¿De qué situaciones crees que tiene que salir la Iglesia, las parroquias, las distintas realidades eclesiales y cada uno de nosotros para que sea verdaderamente misionera? ¿Qué iniciativas concretas podrían ayudar a una verdadera conversión pastoral?

Siglas de documentos

AL = *Amoris Laetitia,* exhortación de Francisco (2016)

CIC = Catecismo de la Iglesia Católica (1992)

Chl = *Christifideles Laici,* exhortación de S. Juan Pablo II (1992)

DCE = *Deus Caritas Est,* encíclica de Bendicto XVI (2005)

DV = *Dei Verbum,* constitución del Concilio Vaticano II (1965)

EdeE = *Ecclesia de Eucharistia,* encíclica de S. Juan Pablo II (2003)

EinE = *Ecclesia in Europa,* exhortación de S. Juan Pablo II (2003)

EN = *Evangelii Nuntiandi,* exhortación de S. Pablo VI (1975)

EG = *Evangelii Gaudium,* exhortación de Francisco (2018)

GE = *Gaudete et Exsultate,* exhortación de Francisco (2018)

GS = *Gaudium et Spes,* constitución del Concilio Vaticano II (1965)

LG = *Lumen Gentium,* constitución del Concilio Vaticano II (1964)

NMI = *Novo Millenio Ineunte,* carta apostólica de S. Juan Pablo II (2001)

RM = *Redemptoris Missio,* encíclica de S. Juan Pablo II (1990)

VD = *Verbum Domini,* exhortación de Benedicto XVI (2010)